

Jorge Oesterheld

**Compartir
lo que
creemos
en una
sociedad plural**

ÍNDICE

Para empezar

1 Relato inicial

2 Testigos

3 Ausencias y presencias inquietantes

4 Irse pero quedarse

5 Ovejas perdidas

6 De cualquier árbol del jardín puedes comer

7 ¿Me amas?

8 Después de los templos

9 Encuentros ¿impersonales?

10 Tensiones que iluminan

11 La fuerza de los débiles

12 Sintió compasión

13 Ahora

Prólogo

Como lo indica el título, este libro pretende “compartir lo que creemos”, sencillamente, como lo hizo el mismo Jesús, “sin caer en la trampa de las discusiones que rebajan la creencia del nivel de las ideas y las opciones de vida al nivel de ideología”. El autor comparte su fe con sencillez porque sabe que la fe en Jesucristo no puede imponerse, más bien, proponerse por medio del testimonio cotidiano. La Iglesia crece no precisamente por proselitismo, sino “por atracción”: como Cristo atrae todo a sí con la fuerza del amor (cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Eucaristía de inauguración de la Conferencia de Aparecida*). Una propuesta que atrae, una propuesta encarnada en Jesucristo y, luego, a través del testimonio de sus discípulos.

Esta obra es testimonial, tal como el mismo autor lo expresa: “Traté de poner por escrito lo que no había aprendido en ningún libro. Como la vida es afortunadamente más compleja y menos organizada que las teorías, tuve que resignarme a un resultado algo desordenado y necesariamente incompleto... Utilicé como hilo conductor algunos relatos de los evangelios que me han acompañado desde la niñez y fueron clave a lo largo de los años. En el intento de comprender y vivir esos textos, se fue armando el núcleo de mi fe”.

Este libro es para leerlo pausada y repetidamente, dejando que sus capítulos vayan entrando en nuestro corazón; ésta será la segunda parte de la obra: la reflexión cordial, la contemplatividad de las escenas evangélicas descritas... y de allí progresar en profundidad en el conocimiento y experiencia de nuestra fe en Jesucristo. Por ello, se puede decir que se trata de un punto de partida, de una obra inconclusa. La iremos concluyendo cada uno de nosotros.

Oesterheld es maestro en ponernos en camino y dejarnos progresar a nosotros; él es un caminante, un hombre que busca siempre más. Su alma está abierta a la sorpresa que lo lanza hacia el horizonte, por el camino de la búsqueda atraída por el reflejo de la gloria del amor de Dios (cf. *Aparecida* 159). En este libro, Oesterheld nos comparte su corazón creyente y nos propone la fe con la humildad de quien sabe que la recibió como regalo, gratuitamente. Deseo que su coherencia cristiana, testimonial, nos acompañe en el camino de la fe y el servicio.

Buenos Aires, 21 de febrero de 2010. Primer domingo de cuaresma.

Card. Jorge Mario Bergoglio s.j.

Para empezar

El contexto

Una escena del evangelio que todos conocemos nos puede servir de punto de partida. Es un diálogo que se desarrolla en un juicio, en el pretorio de Jerusalén.¹ Es una discusión que aún no ha terminado.

Pilato preguntó qué es la verdad y salió rápidamente sin esperar una respuesta. No le interesaba la discusión, tenía cosas urgentes que eran difíciles de resolver, y el tema de la verdad resultaba demasiado largo y complejo. El paso siguiente fue lógico, era lo que tenía que hacer: se lavó las manos y declaró su propia inocencia. La cuestión de la verdad era para filósofos, no para un político práctico y ambicioso como él.

¿Qué es la verdad? El tono de Pilato no correspondía a alguien que quiere saber, sino a quien está apurado y no acepta interrupciones. Es ese tono que todos percibimos en políticos, empresarios, comerciantes y muchos otros que no tienen tiempo para sutilezas; son gente que ejecuta, resuelve, decide, y no piensa en "cosas abstractas". Pero, en realidad, el apuro es una excusa, ya que está en juego otra cosa: una manera de actuar, un mecanismo automático que permite fijar la atención nada más que en la propia conveniencia y desarrollar eficazmente una acción sin necesidad de recurrir a la conciencia.

Esta escena nos muestra, en el procurador romano, una actitud normal para nuestra cultura y, al mismo tiempo, una respuesta posible ante la infinidad de Pilatos de nuestro tiempo: Jesús no se enreda en discusiones teóricas, no realiza ningún milagro, no pronuncia un largo y convincente discurso. Tan sólo, en un par de frases, anuncia quién es y a qué "ha venido". No organiza una marcha de protesta, ni un congreso de filosofía, para denunciar los males que trae consigo el relativismo filosófico y moral. Simplemente se presenta tal como es.

El Señor, con su presencia, destruye los argumentos en su contra, no le recomienda a Pilato que opte por la verdad, ni le explica que, en la vida, hay que manejarse con principios y cierta ética. Solamente afirma que está diciendo la verdad y que "el que es de la verdad", el que toma partido por ella, el que honestamente la busca, escucha su voz. El problema de Pilato es que no la busca, por eso, no la encuentra y está más atrapado él que su prisionero.

¹ Juan 18, 36-38.

Jesús está revelando quién es y, a la vez, poniendo en evidencia quién es Pilato. Lo está desnudando ante sí mismo. Ese judío misterioso, con esa honestidad, esa valentía y esa claridad, está dejando al descubierto el corazón obnubilado, mezquino y pobre de aquel desconcertado gobernador.

Es conmovedor escuchar los intentos del Señor por hacer entender a este representante del César lo que está ocurriendo, por encontrarle una salida a la situación. Jesús no se lava las manos, no es ajeno a la suerte de Pilato. Lo trata como a alguien valioso más allá de su pequeñez y su ceguera. Jesús ama a Pilato.

Lo que creemos

Lo que intento decir, en este libro, es que cualquiera que sea nuestra fe, si queremos compartir lo que creemos, podemos hacer lo mismo que hizo Jesús en ese juicio: no caer en la trampa de las discusiones que rebajan las creencias al nivel de las ideas, y las opciones de vida al nivel de las ideologías. Lo mejor es presentarse tal como uno es y expresar, con claridad, aquello en lo cual se cree, compartirlo, ofrecerlo con sencillez.

Compartir una creencia es exponer algo en lo que confiamos, eso en donde, de alguna manera, nos apoyamos. Es compartir ese conjunto complejo de conocimientos, ideas, sensaciones, acontecimientos y experiencias, que, con el paso del tiempo, conformaron un piso de certezas. Una seguridad que se hizo consistente en vivencias que la fueron fortaleciendo y enriqueciendo.

Conviene recordar que el verbo "creer" no se refiere solamente a lo religioso, no siempre ese tema ocupa un lugar en el cimiento sobre el cual las personas construyen sus existencias. Grandes personajes de la historia han dado su vida por la justicia, la verdad o muchas otras causas muy nobles y sin referencias a una convicción religiosa. Atrevernos a manifestar lo que creemos es más que debatir sobre opiniones o puntos de vista porque se trata de algo que va más allá de las ideas, involucra nuestras historias personales, nuestros afectos y vivencias.

A medida que avanza esta época en la que "todo es relativo" y cada uno "tiene derecho a creer en lo que quiera", empieza a ser, cada vez, más importante compartir lo que se cree. Ya no alcanza con mostrar lo que se piensa. Cuando los disensos involucran a los pensamientos es más fácil convivir que cuando las diferencias atañen a las creencias.

Todos habremos experimentado cierta inquietud y, en algunos casos, angustia, al ver tratada nuestra propia creencia como si fuera una opinión cualquiera. Se puede cambiar una idea durante un debate en una mesa de café, pero lo que creemos, lo que constituye esa seguridad en la que nos apoyamos, es algo más profundo, y no podemos modificarlo fácilmente. A veces, se nos impone en contra de nuestra voluntad. Por eso, las ideas se pueden discutir, pero las

creencias no, más que discutirse se comparten. Sólo se ponen en común, si el ambiente es de afecto o, al menos, de respeto.

Afortunadamente hemos dejado atrás una época plagada de certezas absolutas e inamovibles que trajeron consigo autoritarismos de distintos colores. No obstante, huyendo de esos dogmatismos, hemos llegado a esta situación en la que estamos y que se asemeja a un pantano de opiniones en el que no logramos hacer pie. Parecería que antes corríamos el riesgo de ser aplastados por inmensas construcciones conceptuales, y que ahora el peligro es hundirnos en una ciénaga de discusiones insignificantes. Quizá por eso, asoma, en el horizonte, algo diferente: esta necesidad de compartir algo más que conceptos y teorías. Puede ser que, también por ese motivo, los jóvenes, más que conocer lo que pensamos, quieran saber dónde residen nuestras seguridades, en dónde nos apoyamos.

Poner en común lo que creemos es compartir un conocimiento que va creciendo en el interior de cada uno en su lucha por vivir y comprender lo que vive. Son seguridades personales que pueden haberse heredado o haber costado lágrimas y sangre. Son sagradas e intocables. Sólo podemos acceder a ellas, si el otro abre su corazón y decide mostrarlas. Nadie tiene derecho a entrar, * a los gritos en ese sagrario para objetar y cuestionar aquello que costó una vida construir. Sin embargo, cualquiera puede querer abrir a los demás ese misterioso sitio en el que guarda lo que cree.

Intentarlo

No me resultó sencillo, pero, de todas maneras, traté de escribir lo que no había aprendido en ningún libro. Como la vida es afortunadamente más compleja y menos organizada que las teorías, tuve que resignarme a un resultado algo desordenado y necesariamente incompleto. Fue inevitable optar por hablar en primera persona, detenerme solamente en lo esencial y dejar afuera algunos temas importantes. Utilicé como hilo conductor algunos relatos evangélicos que me han acompañado desde la niñez. En el afán de comprender y vivir esos textos, se fue armando el núcleo de mi fe.

En realidad, decir "mi fe" puede prestarse a confusiones. No es de mi propiedad ni es original en su contenido. Pero es mía, ya que mi vida se fue entretejiendo con ella, y ya no puedo distinguirla fácilmente de lo que soy. Elegí esos pasajes del evangelio, me he "apropiado" de ellos, porque, al releerlos, tengo la sensación de que me pertenecen, de que forman parte de mi historia.

El primer capítulo se llama "Relato inicial"; se refiere a algo que escuché siendo muy pequeño y que, desde entonces, fluye en mí como un manantial de donde, día a día, brota agua nueva. Fue, a partir de ahí, que siento que Jesús es alguien que está presente, con quien me puedo relacionar y de quien tengo ganas de hablar.

Pasó algún tiempo hasta que descubrí que no era sólo cuestión de hablar, sino que esos relatos había que vivirlos, además de contarlos. Me costó comprender el tema de ser "testigo" y aceptar la expresión "dar testimonio". De esas dudas y vacilaciones, que me persiguen hasta hoy, trata el capítulo segundo: "Testigos".

¿Cómo es esa presencia de Jesús que me provoca ganas de hablar y no sé cómo testimoniar? Es desconcertante esta pregunta, y también sus posibles respuestas. Jesús está, pero no está. Los textos de los evangelios lo muestran lejano y cercano a la vez. A partir de esos pasajes, que tanto me han sorprendido, escribí el capítulo tercero, "Ausencias y presencias inquietantes", y el cuarto: "Irse pero quedarse".

Ser cristiano nunca fue para mí solamente rezar e ir a misa. Vivo mi fe rodeado de injusticias, dolores y sufrimientos de todo tipo, y no puedo ni quiero olvidarme de esa realidad. Tampoco dejo de ver que pasan muchas cosas nefastas lamentables en el planeta y que algunas brotan de mí mismo. El tema del mal y del pecado estuvo invariablemente presente, y no sólo en teoría. Creo que todo lo referente a esta cuestión no me lo explicaron bien. Sólo supieron asustarme y enseñarme a desconfiar de mí mismo. Tuve que recorrer un largo y difícil camino para conseguir alguna luz. En el capítulo quinto, "Ovejas perdidas", y en el sexto, "De cualquier árbol del jardín puedes comer", comparto las respuestas que fui encontrando en la vida y en los evangelios. Aunque no son conclusiones definitivas, creo en ellas.

Si el vínculo entre Dios y nosotros es el amor, ¿por qué para muchos es la culpa o el miedo? Nuestra relación con él es un encuentro de personas, como entre un padre y un hijo, o entre amigos; y no entre un juez y un delincuente. En el capítulo séptimo, "¿Me amas?", en el octavo, "Después de los templos", y en el noveno, "Encuentros ¿impersonales?", procuro demostrar cómo descubrí la fe que el Señor depositó en mí. Eso despertó mi fe en él.

En los capítulos diez y once, "Tensiones que iluminan" y la "La fuerza de los débiles", intento compartir algo que es difícil de explicar: las sensaciones (no siempre gratas) que se asocian a la fe. Qué buscamos, cuáles son nuestros anhelos, lo que soñamos. ¿Por qué a Dios le importa saber lo que queremos, lo que nos gusta?

En los dos últimos capítulos, "Sintió compasión" y "Ahora", retomo algunos temas del principio y hablo del presente, mencionando lo que veo en este tiempo fascinante, peligroso y pleno de promesas.

Relato inicial

El cuento que no era un cuento

La verdad es que no sé cuándo nació mi fe. Para mí, creer en Jesús es un regalo de Dios, pero que no cayó del cielo. No apareció un angelito y lo puso en mis manos, ni hubo prodigios o iluminaciones especiales; soy demasiado terrenal y concreto como para que me pasen esas cosas. Llegó envuelto en un relato, en algo que me contaron y que no era un cuento. Fueron unas palabras extrañas y sorprendentes que, cuando aún era muy chico, conmovieron mi corazón y lo encaminaron hacia Jesús.

Ese relato se refiere a un momento concreto de la historia, a un acontecimiento que todos conocemos: Jesús murió en una cruz, fue sepultado, y, después, el sepulcro apareció vacío. Esto se sabe, es un **testimonio dato de la historia**. El cuento que no es cuento nos narra, también, que, ante este último episodio –la desaparición de su cuerpo–, hubo diferentes reacciones: unos dijeron que, de noche, lo habían robado, otros comenzaron a contar, a cuantos querían escuchar, que Jesús había resucitado y se les había aparecido vivo y con las marcas de la crucifixión.

Me sorprendía, en ese entonces, pensar que no había posibilidad de algo intermedio. Que cada persona que oía hablar de esto se enfrentaba solamente a dos alternativas: podía creer en la información que suministraban quienes lo habían mandado matar, o creer en lo que referían esos que aseguraban haberlo visto con vida y hasta comido con él.

No podía decir las cosas como las puedo expresar ahora, pero comprendía que, si creía que “se robaron el cuerpo”, Jesús había sido un hombre como tantos, un buen hombre, un idealista más de los muchos que pasaron por la historia. Por el contrario, si creía que había resucitado, si pensaba que alguien que había muerto ahora estaba vivo, empezaba a ver el mundo desde otro lugar. Se modificaba el presente, el futuro, la idea que tenía de mí mismo, de mi cuerpo, de mi vida, de mi muerte, de lo que amaba y temía. ¿A quién le creo? Intuía que la respuesta me modificaba.

A medida que fui **interpretando comprendiendo** más este relato, sentí que algo en mí me confirmaba que sí, que era así como lo anunciaban sus discípulos. Sonaba un poco loco, pero coincidía con todo lo que Jesús había hecho y dicho. Me resultaba desconcertante, porque coincidía también con lo que yo sentía. Esa sensación fue creciendo y superando obstáculos. Con toda la naturalidad y la frescura de un niño, comprendí que si él estaba vivo, y era Dios, yo podía hablar con él, confiarle mis cosas y esperar a que me explicara lo que aún no entendía. Se abrió un mundo en mi interior, y comencé a entrar en las Iglesias y a leer la Biblia para saber más. Fue pasando la vida, y aún creo que Jesús ha resucitado. Creo que está vivo, y que me comunico con él. Así de simple y así de grande.

Aquella referencia al sepulcro vacío, a un hecho ocurrido en un tiempo y un lugar concretos, fue siempre algo misterioso y atrapante. Recuerdo que no podía concebir por qué quienes me enseñaban religión o catequesis, en el colegio, le prestaban tan poca importancia a estos relatos y me sorprendía que se perdiera tiempo en otros temas. Me llamaba la atención que, con el mismo tono, me hablaban de la resurrección de Jesucristo y de cómo debía comportarme con mis padres y mis hermanos. El pesebre, la cruz, el paralítico que caminaba, y tantos otros relatos fascinantes, eran mencionados rápidamente y al pasar, para detenernos luego, con todo detalle, en lo que era o no era pecado, o en memorizar interminables oraciones.

Hoy puedo decirlo en otros términos, quizás un poco crueles: creo que el Nombre de Jesús era una excusa para imponernos una moral, una obediencia, un silencio. Estaré eternamente agradecido a quienes me transmitieron la fe, y seguramente mis catequistas eran bellísimas personas, que no se daban cuenta ni tenían la culpa, pero constituían el último eslabón de una larga cadena de equívocos, imprecisiones y mensajes confusos que se habían convertido en una inmensa trampa.

Conocer a Dios

Mucho después, cuando estaba en el seminario y luchaba contra la filosofía, atrapado en un océano de conceptos, un día, descubrí, con sorpresa y emoción, algo que, en realidad, estaba a la vista: la fe del pueblo de Israel descansaba en relatos, no en ideas. Cuando un judío recitaba su Credo, no repetía una fórmula como nuestro Credo. No enunciaba conceptos, sino que contaba un cuento.

¿Cómo eran esos cuentos? Algo así: Y cuando tu hijo te pregunte el día de mañana: "¿Qué significan esas normas, esos preceptos y esas leyes que el Señor nos ha impuesto?", tú deberás responderle: "Nosotros fuimos esclavos del Faraón en Egipto, pero el Señor nos hizo salir de allí con mano poderosa. Él realizó, ante nuestros mismos ojos, grandes signos y tremendos prodigios contra Egipto, contra el Faraón y contra toda su casa. Él nos hizo salir de allí y nos condujo para darnos la tierra que había prometido a nuestros padres con un juramento. El Señor nos ordenó practicar todos estos preceptos y temerlo a él, para que siempre fuéramos felices y para conservarnos la vida, como ahora sucede. Y esta será nuestra justicia: observar y poner en práctica todos estos mandamientos delante del Señor, nuestro Dios, como él nos lo ordenó".²

Para educar a un niño, se narraba una historia. En esa historia, se establece una relación entre lo que Dios "ha mandado" y lo que él "ha hecho". Se trata de un relato que pone de manifiesto el amor de Dios que guió a su pueblo de la esclavitud a la libertad, del desierto a la tierra prometida. No se hacen afirmaciones conceptuales: creo que Dios es amor, creo que Dios es fiel, creo

² Deuteronomio 6, 20-24.

que Dios me salva. El camino es otro: se relata la experiencia que enseñó que Dios es amor, fiel y salvador. La vida del israelita debía alimentarse del recuerdo de esos relatos. La conclusión puede sonar un poco simple, pero es muy profunda: si el judío piadoso recuerda lo que Dios hizo, conoce a Dios; si se olvida de lo que Dios hizo, no conoce a Dios.

Ésta es una manera distinta de hablar de lo que es "conocer a Dios". Para nuestra mentalidad, la palabra "conocer" evoca conocimiento intelectual. La expresión "conocer a Dios" da la idea de que Dios es un "objeto de estudio" y que, por lo tanto, para comprenderlo, hay que aprender una serie de contenidos que nos informan sobre cómo es y de qué manera relacionarnos con él. Sin embargo, la tradición de Israel era otra, y Jesús no se formó relacionando conceptos, sino que, en su cultura, se conoce a Dios como se conoce a otra persona, es decir, simplemente compartiendo con ella momentos, charlando, viviendo. Si queremos conocer a alguien, no se nos ocurre "estudiarlo", no nos interesa saber cómo está formado su cuerpo ni analizar su ADN; lo vemos actuar, cómo reacciona, qué le gusta y qué no. Cualquier niño aprende a conocer a otro sin necesidad de ir a la escuela para eso.

Aquel relato del sepulcro vacío despertó, en mí, una búsqueda que originó mi relación con el Señor. Poco a poco, fui creciendo, y conmigo creció esa relación con aquel resucitado. Iba a misa sin entender mucho y hoy me sorprende que, desde tan chico, me impulsara la intuición de que era, en la misa, donde iba a encontrar lo que buscaba. Recuerdo claramente que quise ser monaguillo "para estar más cerca". Quería espiar qué pasaba en el altar. Algo misterioso me atraía. No sé qué pensaba, pero tengo claro que el sentimiento era "ganas de estar más cerca". Un tiempo después de haber tomado la primera comunión, mientras ayudaba en la misa, apareció algo más raro: ganas de darme vuelta, mirar a los que estaban en los bancos y hablarles de Jesús.

Me esperaba un largo camino. Más tarde, caí en la cuenta de que los relatos además de contarlos había que vivirlos, que no se trataba solamente de hablar. Asimismo, descubrí que me había tocado vivir un tiempo en el que se desconfiaba de las palabras, en el que lo que importaba eran los testimonios y los sentimientos; que pertenecía a una generación deslumbrada por las imágenes y cansada de razones.

Testigos

Dar testimonio

Las palabras de Jesús son claras, en ningún momento, **advierete nos dice** "ustedes tienen que hablar de mí", ni tampoco "ustedes tienen que transmitir mis ideas". La cuestión es otra: "Ustedes serán mis testigos... hasta los confines de la tierra"³. Me llevó un tiempo saberlo, al principio, porque nadie me lo dijo, y después porque lo escuché demasiadas veces y en un tono que no me gustaba.

El testigo es el que está presente cuando ocurre algo y que tiene un conocimiento directo del hecho. La palabra se usa para los actos judiciales, el testigo es el que da testimonio. No obstante, la expresión "dar testimonio" abarca un concepto mucho más amplio y, en la vida de las comunidades cristianas, ha estado cargada de un poderoso significado: los grandes testigos eran los mártires, los que entregaban su vida por la fe en Jesucristo resucitado.

En nuestro tiempo, la expresión es muy utilizada dentro y fuera de la Iglesia con tantos sentidos que, a fuerza de repeticiones, creo que ha ido perdiendo su riqueza y contenido originales. Normalmente, en un contexto religioso, alude a un relato hecho en primera persona en el cual el que habla, o escribe, cuenta alguna "experiencia de Dios" o del "paso de Dios por su vida", y lo hace con expresiones muy puntuales que narran un suceso tan concreto y real como cualquier otro de la vida cotidiana. Para mí, es justamente esa pretendida claridad la que oscurece el significado. En muchas ocasiones, el tono y el modo que se usan me generan cierto rechazo. Me siento incómodo al ser como empujado a admitir relatos sobre iluminaciones, curaciones, apariciones y otros fenómenos que no puedo aceptar ni contestar.

Discutir la "veracidad" de esos testimonios personales es avanzar por un camino que no conduce a ninguna parte; me resulta mucho más interesante preguntarnos por qué se habla así. Creo que se pretende lograr un relato eficaz, unas palabras que sean convincentes en un tiempo en el que es difícil convencer. Parece que, ante un mundo incrédulo, que no entra en razón, hay que presentar testimonios, que se aceptan o se rechazan, pero no se discuten. ¿Acaso la manera de ser eficaces es hablar desde uno mismo narrando aquello que consideramos que Dios ha hecho en la propia vida? ¿Nuestro objetivo es "convencer"? ¿Por qué ahora se trata de "contar lo que me ocurrió" y no de enseñar verdades o transmitir contenidos como era hasta hace poco? ¿Por qué tenemos esta necesidad de hablar desde "lo testimonial"?

Debemos ir un poco hacia atrás para buscar respuestas a estas preguntas. Como comenté hace un momento, al principio de mi vida cristiana, no escuché hablar de esto. Para los que ya vivimos algunos años, es fácil recordar que, en otras

³ Hechos1, 8.

épocas, este tema de "dar y recibir testimonios" era casi desconocido, el camino por recorrer era bien diferente: había que aprender una serie de verdades, o "nociones", y luego "ponerlas en práctica". Esta "puesta en práctica" se refería básicamente tanto al plano de la moral (cumplir los mandamientos), como al plano del culto (ir a misa y recibir los sacramentos). La cuestión era llevar a la vida concreta esas verdades que se aprendían de memoria, y en eso se jugaba nada más y nada menos que "la salvación eterna". Para que a los chicos no nos quedaran dudas, mis catequistas simplificaban el mensaje: "si haces esto, te vas al cielo y, si haces esto otro, al infierno". Punto. Así de claro.

Aquellas "nociones", normalmente aprendidas en la niñez, permanecían siempre en el ámbito de lo incuestionable. Sólo podía fallar "la práctica", y, para solucionar eso, se contaba con el sacramento de la confesión, que era la forma de poner nuevamente las cosas en su lugar. En este contexto, la tarea del predicador consistía en enunciar, con claridad y convicción, aquellas verdades inalterables de la fe y alentar a los pecadores (es decir, a todos) a vivir de acuerdo con ellas y a arrepentirse cada vez que se apartaban de la buena senda.

¿Todo esto ya no es así? Desde la teoría, no se ha modificado, pero creo que cambió algo que no siempre tenemos en cuenta: las personas que escuchan. Ahora, la tarea del que quiere hablar, desde el evangelio, es notablemente distinta, porque han cambiado los auditorios. Actualmente, nos dirigimos a personas que no se consideran a sí mismas pecadoras, y, en general, la gente no está muy preocupada por su "salvación eterna". Para que la situación sea más compleja aún, hay que agregar que los pocos que realmente prestan atención, cuando uno habla, pretenden entender y discutir! aquellas "nociones" presentadas como evidentes e incuestionables. Además, las confrontan con "lo que sienten", no con otros conceptos o formas de pensar.

La reacción más común, ante esta situación, es optar por escandalizarse; proclamar que "se ha perdido la noción de lo que está bien y lo que está mal"; afirmar solemnemente que "ya no se tienen principios"; luego, para estar a la moda, echarle la culpa a los medios de comunicación; y, por supuesto, advertir a todos de su peligrosa situación: "¡Cuidado! están a punto de caer en el fuego del infierno". Se trata de un camino bastante trillado. A mi criterio, su excesiva utilización ha servido solamente para demostrar algo que hay que destacar: es un esfuerzo inútil que conduce a una calle sin salida. La inmensa mayoría de las personas nos mira sin entender y abandona nuestras comunidades con la convicción de no ser comprendida.

Creo que el desafío hoy, no mañana, es encontrar la manera de compartir la fe con esas personas "sin sentido del pecado" y empapadas en ese "relativismo" que mamaron desde la cuna. Tengo que acertar con una forma de hacerme entender por ellas, porque no voy a hallar otras, probablemente, por el resto de mi vida y, sobre todo, porque éstas son las personas que Dios me ha puesto adelante, son mi prójimo. El primer paso es lograr que me entiendan, más tarde, llegarán los cambios de actitud, si son necesarios. Sólo después de descubrir

quién es nuestro Señor Jesucristo, se pueden comprender palabras como "salvación" o "pecado", tal como él las utiliza.

Un atajo peligroso

El camino del "testimonio personal", de hablar de "lo que Dios hizo en mi vida", suena muy evangélico y conmovedor; al mismo tiempo, implica un atajo que probablemente esconda esta trampa: puede tratarse sólo de una nueva forma de intentar ser irrefutables. Es ridículo pretender que brote la fe en el que escucha porque se le presenta algo evidente. Me sorprende que haya que aclararlo: los cristianos no somos testigos de visiones, ni de apariciones o curaciones, hablamos de aquello que hemos visto con la fe, no con los ojos. Gracias a la fe, podemos ver y sentir realidades que, de otra manera, no se ven ni se sienten, pero el significado de las palabras no es el mismo. ~~Compartir la fe es compartir una luz, aunque, también, se puede compartir una determinada oscuridad.~~ **Compartir la fe es compartir una luz, pero puede ser también compartir una determinada oscuridad.**

Creo que no sólo la búsqueda de ser "indiscutibles" empuja a muchos a prestar atención nada más que a los testimonios y a expresarse de ese modo. Hay otros motivos. En ocasiones, las personas llegan a ese punto impulsadas por el noble esfuerzo de no ser "tan intelectuales". Tienen sus razones: el racionalismo del que venimos ha hecho estragos en la evangelización, justamente al reducir el misterio a nociones o conceptos que se presentan como evidentes en sí mismos y más "sólidos" y "seguros" que cualquier experiencia.

La cuestión es que se cae en el mismo error del que se quiere salir: pasamos de unos enunciados teóricos incuestionables a otras afirmaciones también indiscutibles. Ahora la "eficacia" del discurso está relacionada en forma directa con el testimonio de vida que acompaña a las palabras. Incluso se llega a decir que "hay que vivir lo que se predica", y si no, es mejor callarse la boca. La palabra que no se apoya en "un testimonio" se presenta como inútil o, peor, como un engaño.

Debo confesar algo. Al escuchar este tipo de argumentos, procuro entender, sin embargo, mi ánimo oscila entre la angustia y el fastidio. He pasado mi vida **difundiendo anunciando** el evangelio y, pocas veces, puedo verdaderamente vivir las certezas que predico. Aunque lo intento, la enseñanza de Jesús es demasiado grande, y mi docilidad bastante escasa. Igualmente quiero seguir predicando y no puedo callarme ni reducir el evangelio a aquello que soy capaz de vivir de él. Es más, siempre debo suponer que quienes me escuchan pueden vivir mejor que yo eso que estoy **diciendo promulgando**. Creo que tengo que presentar, de la mejor manera posible, la persona y las palabras de Jesús y luego colocarme junto a los que están escuchando para tratar de vivir, con ellos, como el Señor nos enseña. ¿Entonces el que anuncia el evangelio puede vivir de cualquier manera? No, la fe demanda testimonios, no sólo discursos. **Pero hay muchas maneras de ser testigos.**

En primer lugar, se ubica "el Testigo fiel" del que habla el Apocalipsis. Es Jesús. Ése es el verdadero testigo, el testimonio que hay que escuchar y mirar. Después están los que se dejan matar por su fe, los mártires. Los de antes y los de ahora. Además, existen los santos y los que viven el evangelio en condiciones heroicas, en circunstancias excepcionales; y, mucho más lejos, nos encontramos los que hablamos de nuestra pequeña experiencia personal. Sinceramente, nadie debería cambiar su vida mirando la mía, pero sí mirando esa vida de Jesús que predico. Siento que el Señor me impulsa a presentar sus palabras y su misterio, a compartir lo que creo, a pesar de mi debilidad. Es más, en ciertas ocasiones, precisamente esa fragilidad mía ayuda a algunos a acercarse al mensaje de Jesús.

Compartir la experiencia

A medida que fue pasando el tiempo, aprendí a distinguir entre dar testimonio y hablar desde la experiencia. Puede parecernos que son lo mismo, ya que, en ambos casos, no se trata de transmitir conceptos o ideas, no obstante, hay mucha diferencia entre una forma de expresarse y la otra.

La primera es que "lo testimonial", tal como se lo entiende habitualmente, se refiere a hechos puntuales que se presentan como intervenciones "divinas"; en cambio, "la experiencia" alude a aquello que se ha ido aprendiendo en la vida.

La segunda diferencia que he observado es que las personas, que hablan desde su experiencia religiosa, no menosprecian los esfuerzos intelectuales. Pueden valorar los conocimientos teóricos y la inmensa riqueza que la Iglesia ha heredado de grandes pensadores, muchas veces santos. No caen en la trampa de falsas antinomias cabeza-corazón, inteligencia-sentimientos, sino que la vida les ha enseñado a darle a cada cosa el valor que tiene.

La misma experiencia nos muestra que es una torpeza desconfiar de nuestra inteligencia y considerarla como una charlatana que inventa mundos irreales. Al contrario, es un maravilloso regalo de Dios que nos permite acceder a nuestro corazón y al de nuestros hermanos. Creo que, de lo contrario, no podemos entender las palabras que el corazón pronuncia. Es nuestra capacidad intelectual la que busca los significados, la que establece relaciones entre distintas realidades, la que recuerda y ordena. Gracias a ella, podemos escuchar lo más profundo de nuestro ser, que también habla.

Como casi toda mi generación, fui educado en la desconfianza hacia la sensibilidad y en la sobrevaloración de lo intelectual. La experiencia me ayudó recorrer un doloroso y fascinante aprendizaje para descubrir que Dios se revela en aquellos sentimientos más profundos que habitan en mí, y que la inteligencia me sirve justamente para comprender el lenguaje de esos sentimientos. Durante muchos años, sentarme a leer o escribir fue un intento de ordenar y profundizar en las ideas, las mías o las de otros. Un largo y sinuoso camino me guió hacia un

terreno mucho más interesante: confiar en el corazón que Dios había depositado en mí.

Allí encontré el punto de apoyo para no perder el rumbo en el huracán de confusiones que padecemos los hombres de hoy. Escuchando nuestras sensaciones más profundas aprendemos a confiar en la obra de Dios. Reconocernos como seres únicos, creados por su amor, siento que es la experiencia más profunda y rica que puede tener un ser humano.

Cuando fui comprendiendo esto, el camino de "poner en práctica la fe" ya no fue aceptar ciegamente "verdades" que no entendía, ni tampoco radicó en someter mi voluntad a determinados preceptos, sino que se fundó en algo bastante distinto: confiar en Dios, confiar en la obra de sus manos, saber que estamos bien hechos y que todas nuestras capacidades están ahí para algo bueno. Confiar en él es saber que no estamos hechos con trampa, que Dios no ha puesto nada malo, ni en nuestro cuerpo, ni en nuestra cabeza, ni en nuestras sensaciones. En su Creación, no hay lugares oscuros.

A partir de esta experiencia, pude ver como Jesús me iba llevando de la mano para indicarme dónde están los peligros y qué hacer ante ellos. Él no ha venido a mostrarnos primero el mal y después el bien, sino que su camino va en otra dirección: nos expone la belleza del bien que hay en nosotros para que podamos afrontar la inmensidad del mal que nos rodea y que también solemos generar. Desde Jesús, con él, aferrados a él, somos capaces de asomarnos al abismo del mal y mirarlo sin paralizarnos. No hace falta recurrir a visiones de ningún tipo, es suficiente el testimonio de "el Testigo fiel" y percibir que la oscuridad de la fe es más brillante que las luces artificiales de nuestro mundo asustado y vacilante.

Ausencias y presencias inquietantes

*Consuélate, no me buscarías,
si no me hubieras encontrado*
(Pascal).

Ida y vuelta

Cuando llegó el tiempo de las preguntas sin respuestas, me inquietaba la posibilidad de que mi mundo interior fuera un enorme autoengaño. Por algún motivo que no puedo descifrar, los mismos argumentos que a otros hacían dudar a mí me confirmaban en el camino elegido. Por ejemplo, la existencia del mal en el mundo, las injusticias o los sufrimientos de cualquier tipo me fortalecían en mi confianza en Dios. No sé por qué llegué a la conclusión de que esas realidades demostraban que Dios no era un invento mío. Pensaba que, si todo fuera fruto de mi fantasía, Dios se sometería a mis gustos y caprichos; como era evidente que eso no ocurría, entonces, ese Dios era real y no inventado. A medida que Dios no respondía a mis expectativas, me resultaba más "creíble".

Por otra parte, en el evangelio, encontraba relatos que, en muchas oportunidades, me mostraban un Jesús tan cercano y tierno como lejano e inaccesible. Un Jesús que hablaba pero que también callaba, que no sólo emitía palabras deslumbrantes, sino también silencios extraños. Uno de esos pasajes es el que narra el encuentro del Señor con los discípulos que caminaban hacia Emaús. Siempre me cautivó.

La escena⁴ comienza con una discusión: intercambiaban opiniones, las ideas no encajaban bien, cada uno tenía las suyas, y el resultado era la tristeza. Jesús no discute, sino que, "empezando por Moisés y continuando por todos los profetas", es decir, recorriendo toda la Escritura, les habla "sobre él". Lo hace de una manera que después ellos cuestionarán: *¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?*

Escuchando a Jesús, las discusiones y la tristeza habían quedado atrás, las palabras habían llegado al centro, a ese corazón que está "dentro de nosotros". ¿Dónde? El texto invita a mirar más adentro que en el pecho. Creo que se trata de ese lugar sagrado en el que, a veces, ni nosotros mismos nos atrevemos a entrar, de ese terreno de los sentimientos y las decisiones en el que hay que conducirse con cuidado porque allí todo parece frágil. Jesús sabe moverse en esos espacios, son los suyos. Conozco esa sensación: al verlo ir y venir con tanta seguridad, en esos sitios en los que apenas me atrevo a respirar, siento que empieza a arderme el corazón.

En el relato de Lucas, Jesús les explica, nos explica, cómo fue aquella larga historia y que, en su vida, se fue revelando un misterio. Comprenderlo a él, en

⁴ Cf. Lucas 24, 13-35

realidad, nos permite descubrirnos a nosotros mismos, develarnos, quitar el velo que nos cubre, que nos oculta hasta de nuestra propia mirada.

Cuando llega el momento en el que esa gente llega a su casa, Jesús insinúa seguir adelante y vuelve a ser llamado: "Quédate con nosotros, porque ya es tarde". Se ha hecho tarde, está oscuro, es peligroso andar en esos caminos. Su actitud de seguir, entrar en la noche y desaparecer, mueve esos corazones a pedir, a llamar. En ese momento, no lo sabían, pero estaban orando, pidiéndole algo a Jesús resucitado, suplicando por su presencia. Eran los primeros de millones y millones que después haríamos lo mismo.

Esa actitud de seguir caminando siempre me ha sorprendido. ¿Por qué se va? Siempre está pasando: entra, aparece, enseña algo o cura a alguien y sigue. ¿Es una actitud de desinterés hacia quienes están cerca o es una actitud afectuosa y de respeto? ¿Por qué esa forma de actuar tan cuidadosa de nuestra intimidad y nuestra libertad? Pienso que a nosotros nos molesta ese respeto por nuestro espacio y nuestro tiempo; nos gustaría que se quede, que nos explique las cosas de manera que ya no haya dudas, y que, después de escucharlo, nuestro corazón esté tranquilo, sin ninguna inquietud. ¿Pensamos que, si fuera así, nuestro sí sería definitivo?

Pero parece que él quiere plantear la relación de otra manera. Toma una iniciativa y nos deja a nosotros la siguiente. De esa forma, estamos invitados a una reciprocidad, comienza el diálogo a depender también de nosotros. Que aparezca pero desaparezca, se quede pero se vaya, hace posible un intercambio, un "ida y vuelta". Hace posible el amor.

Entonces sorprende: "Tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio". Tomar el pan, partirlo y repartirlo, es un gesto lleno de significados, en las manos de Jesús y en las nuestras. El texto agrega: "Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron...". Reconocer a alguien por un gesto no es fácil, supone haberlo visto otras veces, muchas veces. Implica, además, que la persona en cuestión lo hace de una manera especial. ¿Cómo serían esas manos y su manera de partir el pan? "Lo reconocieron", se dan cuenta de que es él. Sabemos cómo es esa experiencia de reconocer, nos ha pasado con alguien que no vemos desde hace mucho tiempo, con alguien que ha envejecido o con un adolescente que ha crecido rápido. A Jesús, más que conocerlo lo reconocemos. En un momento cualquiera, puede suceder algo, y nosotros descubrir que es él.

Nuevamente el Señor se va. El que está siempre de paso sigue su camino, pero ahora no hay tiempo ni necesidad de insistir en que se quede. Los que antes habían dicho que era tarde ahora enfrentan la noche y el cansancio: "Se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén". Lo que importa es anunciar "lo que había ocurrido en el camino y como lo habían reconocido al partir el pan". Comienza un tiempo distinto. El Señor no está, pero sí está. Algo radicalmente nuevo se ha

iniciado en la vida de la humanidad: el tiempo de la presencia misteriosa y definitiva de Jesús en la historia. Ha nacido nuestro tiempo.

Las ausencias de Jesús

En varias oportunidades, los textos bíblicos nos muestran que Jesús va y viene, prosigue su camino, la gente lo acompaña, se reúne a su alrededor, lo busca. Él parece no quedarse quieto nunca. No está instalado en una casa ni enseña siempre en el mismo lugar. Algunas veces, cuando quieren detenerlo, pasa caminando entre ellos, y no pueden atraparlo. El mensaje es claro: Jesús es libre y se mueve con independencia, no se somete a lo que se espera de él.

Entre los pasajes del evangelio que nos muestran a Jesús en camino y yéndose, hay uno realmente impactante que podemos encontrar en el primer capítulo de Marcos⁵. Se dice allí que *le llevaron todos los enfermos y endemoniados, y la ciudad entera se reunió delante de la puerta*. Eran personas que sufrían, muchas de ellas seguramente estaban padeciendo intensos dolores en un tiempo en el que no había calmantes ni anestésicos. El relato prosigue: *Jesús curó a muchos enfermos que sufrían de diversos males*. Hasta ese punto se nos presenta al Señor haciendo lo que esperamos de él: atiende a los que sufren y cura a los enfermos, está junto a ellos.

Pero la escena no termina ahí: *Por la mañana, antes que amaneciera, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar desierto; allí estuvo orando. Simón salió a buscarlo con sus compañeros, y cuando lo encontraron, le dijeron: "Todos te andan buscando". Él les respondió: "Vayamos a otra parte, a predicar también en las poblaciones vecinas, porque para eso he salido". Y fue predicando en las sinagogas de toda la Galilea y expulsando demonios. ****

No estamos hablando solamente de algo que pasó hace dos mil años. Escuchemos otra voz más reciente: *¿Dónde estaba Dios en este momento? ¿Por qué se quedó callado? ¿Cómo pudo permitir esta eterna matanza, el triunfo del mal?*⁶. Son palabras del papa Benedicto XVI, poco después de entrar en el campo de concentración de Auschwitz. ¿Dónde está Dios? Todos, algún día, nos hemos conmovido con esta inmensa y dolorosa ausencia.

Una de las frases más alentadoras y bellas que he escuchado en mi vida es esa de Pascal con la que comienza este capítulo. Dejando hablar a Dios nos dice: "Consuélate, no me buscarías, si no me hubieras encontrado". Es muy cierto, sólo se experimenta la ausencia de aquél que se sabe que, en algún sitio, está, de aquél que ya estuvo, no podemos experimentar la ausencia de lo que no conocemos. No siempre nos damos cuenta, pero, para sentir el alejamiento de Dios, hay que creer que existe y que es posible una relación con él.

⁵ Marcos 1, 32-39.

⁶ Benedicto XVI, en el campo de concentración de Auschwitz, el 28 de mayo de 2006.

Irse pero quedarse

*Es como un hombre que,
al salir de viaje, llamó a sus servidores
y les confió sus bienes (Mateo 25, 14).*

El secreto de los talentos

Las ausencias de Jesús me recuerdan al personaje central de la parábola llamada "de los talentos"⁷, que trata de alguien que se va, pero se queda. ¿Qué dice la parábola? Comienza presentando a un personaje que, antes de viajar, reparte su dinero entre sus servidores: *A uno le dio cinco talentos, a otro dos, y uno solo a un tercero, a cada uno según su capacidad; y después partió*. Generalmente seguimos la lectura sin detenernos y vamos hacia el mensaje que contiene esa distribución que hace "un hombre" entre sus colaboradores. Pero no conviene apresurarse. "Después partió", no hay que pasar rápidamente por encima de esta expresión. Se confía una tarea, porque el dueño de casa salió de viaje. Está presente en la tierra, en el trabajo confiado, en su retorno anunciado, en los talentos que deja, pero él no está.

Parece que el talento era una moneda bastante valiosa, y, por lo tanto, el que recibió cinco se arriesgó mucho cuando "fue a negociar con ellos". Estaba la posibilidad de perderlo todo. Esas cinco monedas se habían ido, ya no tenía lo que le habían confiado. En cambio, el que tenía una única moneda "hizo un pozo y enterró el dinero de su señor". No se arriesgó a nada, en cualquier momento, podía devolver exactamente la misma moneda recibida: *Tuve miedo y fui a enterrar tu talento: ¡aquí tienes lo que es tuyo!*

En la vida, fui aprendiendo que la fe es como el talento recibido, es aquello que hace presente al que no está. También aprendí que nosotros podemos asustarnos y esconderla, preocuparnos por no perder lo que tenemos, guardarla en un lugar seguro. Es como si pusiéramos una semilla en una caja hermética y luego enterráramos la caja, bien seguros de que jamás un poco de barro va a "ensuciar" la semilla. Pero la semilla reclama el barro (propio y ajeno) para tener sentido. Creo que no se trata de enterrar, sino de sembrar. La fe que no está en contacto con el barro no da fruto; es esa fe encerrada en esos sitios en los que falta el aire de la vida normal, la que se esconde detrás de sonrisas beatíficas y comportamientos ejemplares, la fe nunca sacudida por un dolor, ni conmovida por el miedo, ni rozada por una lágrima. La que no grita: "¿Dónde está Dios?". La fe de la gente que nunca levanta la mirada al cielo diciendo: "Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado".

Si no guardamos el talento de la fe, entonces, lo arriesgamos. ¿Y qué es arriesgar este talento? Para mí, es no situar a Jesús en un rincón cómodo y seguro de mi vida, sino atreverme a ponerlo en contacto con todo lo que no

⁷ Mateo 25, 14-30.

entiendo, con lo que me duele, con lo que no puedo, con lo que hago mal. Enterrar el talento es encerrarlo en algunas prácticas religiosas o en algunas ideas sobre la vida y la muerte; arriesgarlo es dejar al Señor que camine libremente por todo lo que hay en mí, por los rincones más oscuros y por los lugares mejores.

Esto me permite, entre otras cosas, descubrir que él se mueve muy tranquilo y sin asombro por algunas zonas de mí mismo en las que yo no me animo a entrar. No se asusta, no se va. Con cuidado, como quien enseña a caminar a un chico, me anima a visitar esos sitios confiadamente, sin miedos. Tomado de su mano puedo ver lo que hay que curar y corregir, y hacerlo sin paralizarme en un voluntarismo a la larga impotente, o en una actitud "piadosa" que, en el fondo, sería soberbia. Arriesgar el talento es, para mí, dejar a Jesús caminar libremente por el mundo que me rodea. Ver cómo él ve las injusticias, la violencia, las mentiras. Ver cómo ve a las personas que no quiero y a las que quiero; cómo ve a la Iglesia, a mi comunidad, a los que no lo escuchan, a los que no lo quieren...

Una presencia provocadora

Al dejar entrar en contacto a Jesús con mi barro, su presencia me muestra lo que soy y también lo que puedo ser. Eso no es cómodo. En realidad, su presencia me plantea un desafío que puede intranquilizarme tanto como su ausencia. Pienso que nos equivocamos, si pensamos que la ausencia de Dios es una dura prueba, y su presencia una fiesta alegre.

Existe un momento en la experiencia de la relación con Jesús, en el cual el estupor que produce el encuentro con él, todo encuentro con él, hace tambalear la seguridad humana, y el corazón teme dilatarse en el gozo de ese encuentro, se asusta y retrocede refugiándose en lo que podríamos llamar el autocontrol, el tomar las riendas de la relación con el Señor, acomodándola a los parámetros de cierta sensatez y sentido común meramente humanos. Lucas describe genialmente esta experiencia en la aparición del Señor Resucitado a los discípulos: "Era tal la alegría y la admiración de los discípulos, que se resistían a creer".⁸ Miedo a la alegría, miedo a la autodonación de sí que supone el encuentro con Jesucristo, miedo a dejarse conducir por el Espíritu.⁹

El encuentro con él hace tambalear ¿Qué se tambalea? A algunos les hará tambalear las ideas, a otros las intuiciones, a otros, esas certezas inapelables que brotan con naturalidad de lo que creen haber visto y oído. También puede oscilar la seguridad de los afectos, esas convicciones sin palabras del corazón. Todo puede vacilar ante él. Y caer. "Y el corazón teme dilatarse...", hacerse más grande, magnánimo, generoso, amplio, hospitalario. "Teme" dilatarse. ¿Por qué habría de temer eso? Es que crecer es cambiar, y no siempre queremos hacerlo.

⁸ Lucas 24, 41.

⁹ Cardenal Jorge Bergoglio, Homilía en la 95ª Asamblea Plenaria de los Obispos Argentinos, 7 de abril de 2008.

Jesús desnuda las mediocridades, sacude, desde la raíz, las ganas de no crecer que pueden paralizarnos.

Podemos vernos a nosotros mismos como aquellos parálíticos que se acercaban al Señor. Por algo Jesús les pregunta si realmente quieren ser curados. Ese hombre que, durante años, había mendigado tiene que empezar a trabajar, se modifican todas sus relaciones con los demás, sus costumbres, sus gustos, su manera de amar, sus sueños. Debe emprender una vida completamente nueva. ¿Realmente queremos que Jesús cure nuestras parálisis? "El corazón teme dilatarse". Las piernas no se animan a caminar. Los ojos ¿quieren ver? La presencia del Señor destruye todas las coartadas. ¿Nos atrevemos a no tener excusas ante él?

Sí, creo que, en algunas ocasiones, preferimos dejar para otro día esa felicidad que aparece así, tan fácil, simplemente un regalo. "Miedo a la alegría, miedo a la autodonación de sí que supone el encuentro con Jesucristo, miedo a dejarse conducir por el Espíritu". Algunas veces, queremos caminar sin perder los privilegios del parálítico o preferimos "estar bien" antes que ser felices.

Me sorprende que, en nuestro tiempo, se hable de la alegría como fruto de la fe y no se mencione que, en los evangelios, la alegría se presenta, en ciertos textos, como un obstáculo para la fe. "No podían creer por la alegría". Esa tentación que paraliza reaparece cada vez que el demonio susurra en nuestro oído: "No puede ser tan fácil"; "¿Cómo que lo único que se te pide es confiar?"; "Dios espera cosas heroicas, una vida intachable, sacrificios, sufrimiento". Pienso que éstas son las peores tentaciones. Con esas palabras de apariencias tan nobles nos paralizamos.

Jesús va y viene, se queda y sigue su camino. Tanto su ausencia como su presencia son provocadoras. Es como la presencia de todos los que nos aman. "A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa".

Ovejas perdidas

"Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa". Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría (Lucas 19,5).

Notas marginales

Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido". Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse.¹⁰

Para mí, ésta es una de las frases de Jesús más cercanas y afectuosas, pero, a la vez, desafiante e incómoda. Su belleza y simplicidad pueden consolar o, también, sorprender y hasta hacernos vacilar. Aun cuando expresa amor y ternura, nos deja sin coartadas ni pretextos. Es que el amor de Jesús, como todo amor verdadero, excluye las complicidades. Es una ternura real, cercana, concreta y, por lo mismo, exigente, precisamente porque no pide imposibles, porque espera de nosotros nada más y nada menos que aquello que, si queremos, podemos. Es paciente, respeta nuestros tiempos, sabe de lo que somos capaces, está dispuesta a esperar. Las otras exigencias, las que no brotan del amor, son imperativas, nos reclaman cumplir con aquello que se nos impone sin tener en cuenta nuestros tiempos, ni cómo somos, ni qué queremos.

Creo que el amor de Jesús transforma "de adentro hacia afuera". Primero nos hace ver quiénes somos y lo que valemos. Luego nos muestra nuestras posibilidades y nos hace experimentar el gozo de desplegarlas y compartirlas. También nos señala nuestras limitaciones y qué hacer con ellas sin angustias ni miedos. Nos enseña a pedir y a confiar.

He podido confirmar que esto es así mirando muchos momentos de la vida del Señor; pero aparece y brilla de manera especial en los encuentros de Jesús con todos esos seres humanos enfermos, asustados, perdidos, abandonados, que, en tantas oportunidades, lo acompañan. No sólo los ayuda y les enseña: está con ellos, se queda a su lado. Está claro que se siente cómodo entre aquellos hombres y mujeres que hoy llamaríamos marginales, los que, para la sociedad, están de más, los que sobran. Está claro también que no sintoniza fácilmente con quienes ocupan lugares políticamente correctos, en donde "hay que estar".

¹⁰ Lucas 15, 4-7.

En el evangelio, como en algunos de nuestros cuadernos, lo que está puesto al margen, las notas marginales, le dan sentido al texto. Aquellos parias y excluidos, leprosos, prostitutas, poseídos, parálíticos, ciegos, mudos y muchos otros, son como los apuntes que le otorgan sentido a los discursos. Ellos son los primeros destinatarios del amor de Jesús. Creo que, si nos colocamos a su lado, si miramos desde el margen, descubriremos esa ternura que no es lamento complaciente sino fuerza y desafío, ese cariño que sabe lo que podemos y nos anima a lograrlo.

Los publicanos

Entre este tipo de gente, se encontraban aquéllos que llamaban “los publicanos”. ¿Quiénes eran? En el Imperio Romano, los publicanos recaudaban los impuestos para el César y, por lo tanto, eran poco queridos por los ciudadanos; siempre ésa ha sido una tarea antipática. Pero el escaso aprecio se convertía en odio cuando el publicano era un judío que recaudaba entre los miembros de su pueblo los tributos que se destinaban a las arcas del Imperio que los dominaba. Estas personas solían ser muy ricas porque abusaban de su poder y cobraban más de lo que la ley imponía. Los demás no tenían defensa ante su codicia, y especialmente los más pobres eran explotados y maltratados. Sin embargo, como el César se presentaba como una divinidad, ese trabajo en beneficio de los invasores adquiría también una connotación religiosa: el publicano traicionaba al Dios de Israel, el Dios de sus padres, por eso era considerado un impío.

Zaqueo¹¹ era uno de esos seres religiosamente impuros, odiado y repudiado por sus hermanos a quienes explotaba. Su riqueza lo hacía un personaje destacado y al mismo tiempo, despreciado; alguien con un claro lugar en la sociedad y, a la vez, un excluido. Por otra parte, para los romanos, era un judío y, para los judíos, un traidor. Por donde se lo mirara, era un marginal, estaba fuera de todo contexto socialmente aceptable y, además, su fortuna lo sacaba de la lista de los desdichados. Para completar el cuadro, el evangelista nos informa que tampoco se trataba de un recaudador cualquiera, sino del jefe de los publicanos.

Ese hombre fue el que se subió a un árbol para ver a Jesús que pasaba. ¿Qué intuía? ¿Qué buscaba? ¿Qué quería ver? Entonces ocurrió lo inesperado: el Señor lo vio y se dirigió a él. *Jesús miró hacia arriba y le dijo: "Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa". Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría.* La reacción de los presentes era previsible: *Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: "Se ha ido a alojarse en casa de un pecador".* El Señor es libre y nunca queda atrapado por lo que los demás esperan de él, quiere sacudir el corazón de sus hermanos y hacerles ver las cosas con una cabeza más abierta, quiere enseñarles con un gesto impactante algo que deben recordar para siempre: *El Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que estaba perdido.*

¹¹ Lucas 19, 1-10.

La actitud es realmente impresionante, el Maestro, el Señor, el que se presentaba a sí mismo como "igual al Padre", se invitó a cenar a la casa de gente con una mala fama muy bien ganada. Zaqueo no estaba solo, y quienes lo acompañaban en el festejo debían ser como él. El gesto de amor de Jesús que superaba todos esos prejuicios no fue sólo para Zaqueo y sus amigos, en realidad, ellos no conformaban la clave de la historia. El personaje central era Jesús, y la escena estaba destinada a los que murmuraban, y a nosotros, que estamos viendo estas imágenes ahora.

El pequeño hombre, que, superando lo humillante de la situación, había subido al árbol, comprendió bien lo que ocurría. *Zaqueo dijo resueltamente al Señor: "Señor, ahora mismo voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y si he perjudicado a alguien, le daré cuatro veces más"*. Como el parálítico que empieza a caminar o el ciego que comienza a ver, el publicano emprende una nueva vida. El evangelista anota: *Jesús le dijo: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa"*. Eso es lo que el Señor quiere que quede claro: que donde está él está la salvación. Me emociona saber que soy espectador de toda esa escena montada por Jesús. A cada uno está destinada. ¿Qué se nos quiere mostrar? ¿Qué estoy dispuesto a ver? ¿A qué árbol me atrevo a trepar para verlo?

Sacerdotes y doctores

Hay otro acontecimiento que ilumina esa comida en casa de Zaqueo y es, a la vez, iluminado por ella. Se trata de uno de los encuentros de Jesús con los sumos sacerdotes y los doctores de la ley, que termina en un fuerte enfrentamiento. La discusión va subiendo de tono y concluye cuando el Señor, que se había presentado en el Templo como Hijo de Dios al llamar a esa casa la "Casa de mi Padre", pronuncia unas palabras que deben haber sonado como una bomba entre esas paredes sagradas y en la mente de aquellos hombres acostumbrados al poder. Poco después, esos mismos personajes enviarán a Judas para que se los entregue.

¿Qué palabras tan duras fueron esas que dijo el Señor? Primero les propone una parábola: *Un hombre tenía dos hijos y, dirigiéndose al primero, le dijo: "Hijo, quiero que hoy vayas a trabajar a mi viña". Él respondió: "No quiero". Pero después se arrepintió y fue. Dirigiéndose al segundo, le dijo lo mismo y este le respondió: "Voy, Señor", pero no fue. ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre? "El primero", le respondieron.*

Jesús les dijo: "Les aseguro que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios. En efecto, Juan vino a ustedes por el camino de la justicia y no creyeron en él; en cambio, los publicanos y las prostitutas creyeron en él. Pero ustedes, ni siquiera al ver este ejemplo, se han arrepentido ni han creído en él".¹²

¹² Mateo 21, 28-32.

¿Qué quiere decir esto? ¿Por qué ubica a los despreciados publicanos y nada menos que a las prostitutas por encima de ellos? Es que los que habían ido a ver a Juan el Bautista eran los que sabían que necesitaban de la misericordia de Dios, aquéllos que se sumergían en el Jordán con la esperanza de ser perdonados de sus pecados. Allí, junto al río, había publicanos, prostitutas, y mucha otra gente de esa que habitaba en el margen de la sociedad respetable. Allí estaban todos esos hijos que, como en la parábola, primero dijeron que no a su padre, pero después se arrepintieron. Hasta el mismo Jesús se había puesto en la cola de los pecadores para enorme sorpresa de Juan. Los señores del Templo no concurrieron, ellos habían dicho que sí y no fueron, no necesitaban pedir perdón, no había algo de qué arrepentirse.

Aquellos individuos de "mal vivir" al menos sabían dónde estaban, quiénes eran, no se engañaban ni pretendían engañar a Dios, querían cambiar y se habían encomendado a las manos de Dios para lograrlo. Los otros no necesitaban hacerlo, hacía mucho tiempo que habían dicho que sí.

Llegados a este punto, pueden asaltarnos algunas preguntas muy propias de nuestra época y nuestra cultura: ¿Entonces se trata solamente de aceptar que somos pecadores? ¿Eso es todo? ¿Ser cristiano es ser alguien que vive golpeándose el pecho y considerándose a sí mismo una mala persona? No, creo que eso no es todo, y nadie dijo que había que considerarse una mala persona; si lo fuéramos, el Señor no nos amaría. La actitud de los que van al Bautista es la de aquel que no está conforme, que quiere más, que está dispuesto a cambiar lo que sea necesario para vivir plenamente como hijo de Dios. No es todo, pero me parece que es el principio; si no empezamos, día a día, a aceptar nuestra historia personal, que incluye nuestras heridas y nuestros errores, no podemos caminar.

No recuerdo dónde leí, o escuché, que si nos situamos en el polo norte, la brújula no sirve para nada, y la desorientación puede ser absoluta. Ésa es la situación del que no tiene nada de qué arrepentirse. Siento que, cuando nos situamos en ese lugar, no hay caminos hacia dónde dirigirnos, ni hay algún sitio hacia dónde ir. Somos como ovejas verdaderamente perdidas porque no tenemos necesidad de pastor.

De cualquier árbol del jardín puedes comer

La mirada de Jesús no es una vaga y cálida benevolencia ciega. Jesús ve a las personas tal como son. Su mirada constituye una experiencia de verdad... nos arranca las máscaras que llevamos puestas y desmonta los falsos rostros con que nos presentamos al mundo (T. Radcliffe).¹³

Algo más creativo

Hace muchos años, mientras compartía un encuentro espiritual de varios días con un grupo de matrimonios pertenecientes a un conocido movimiento de laicos, en el momento de preparar la misa, uno de los participantes me preguntó si no podíamos empezar la celebración con algo más creativo que el rito penitencial. Me sorprendió y quise saber por qué. "No sé, siempre de entrada, ponerse a pensar en los pecados es un poco deprimente". Era evidente que lo habían hablado antes entre ellos, y les propuse imaginar "soluciones creativas" para comenzar "sin depresiones".

Al poco tiempo, quedó claro que no había alternativas mejores, y que, para iniciar la misa, justamente lo menos deprimente y más creativo era recordar la misericordia con la que Dios mira nuestra vida y que el perdón no era algo triste, sino todo lo contrario. Una joven madre de familia dijo: "Sí, en realidad, somos sólo pecadores, no estamos locos ni enfermos; lo del pecado se arregla reconociéndolo y pidiendo perdón, pero lo otro sí que es difícil de solucionar, eso sí que es para asustarse".

Toda esta escena me parece interesante por varias cuestiones que quisiera subrayar. En primer lugar, estaba hablando con personas acostumbradas a participar en las actividades de la Iglesia: muchos eran docentes de colegios católicos y también catequistas. Ellos asociaban el rito penitencial a algo poco creativo y deprimente; no obstante, luego de unos minutos de conversación, su formación intelectual les permitió entender que eso no era así. Pienso que lo que estaba ocurriendo, en ese momento, era que la "poca creatividad" y "la depresión", pertenecían al nivel de lo que sentían, y "la misericordia de Dios" y "el perdón", al nivel de la teoría, a lo que habían aprendido. De hecho, si se les preguntaba, contestaban correctamente; si actuaban con espontaneidad, expresaban algo distinto.

Se notaba una cierta molestia, era evidente que hubieran preferido que yo dijese que el rito había que hacerlo como estaba mandado y punto. Ellos también se daban cuenta del contraste entre sus sentimientos y sus palabras. Ante mis

¹³ Timothy Radcliffe, *¿Qué sentido tiene ser cristiano?*, Bilbao, Editorial Desclée, 2007, p. 104.

preguntas, no reaccionaban preguntándose en serio por qué sentían lo que sentían, sino que respondían desde el "deber ser" como si lo sintieran. Esto último, hablar del "deber ser" como si fuera un sentimiento, es algo que me ha tocado ver o escuchar en muchas ocasiones, no es sólo un episodio en la vida de estos laicos que se encontraban con un cura que complicaba las cosas. En diferentes oportunidades, me he topado con personas que hablan de esta manera, como si los conceptos fueran sentimientos y viceversa.

Fue entonces cuando aquella joven mamá comentó eso de ser sólo pecadores, eso fue lo que pudo decir cuando logró conectarse con lo que sentía: referirse a la palabra pecador "en sentido positivo" comparándola con "locos" o "enfermos". En verdad, esto también era importante. Más allá de algunas precisiones teológicas que sería necesario hacer, había una intuición interesante: aceptaba una realidad negativa y dolorosa sólo a partir de algún aspecto positivo que en ella se podía detectar. Eran personas "bien formadas", pero manifestaban una gran dificultad de hablar del pecado como pecado. ¿Por qué cuesta tanto entender este concepto en el sentido que tiene para los cristianos? ¿Por qué se desvía la cuestión y se confunde con debilidad o errores, o con problemas psicológicos u otras realidades similares? ¿Por qué nos paraliza?

De la mano de Jesús

Una explicación muy utilizada al hablar de este tema es afirmar que nos hemos acostumbrado al mal y que nuestra conciencia ya no reacciona ante él. Creo que la dificultad reside en otra parte. Ante el pecado, como realidad o tan sólo como tema de conversación o de estudio, nuestro ánimo parece naufragar. Es que miramos hacia el lado incorrecto. Para entender lo que es el pecado, hay que mirar en otra dirección, no hay que fijarse en el pecado, sino en Jesús. Solamente aferrados a Jesús con alma y vida, con nuestra fe, siempre pequeña, como una semilla, podemos acercarnos al pecado. Es que así como no podemos ver a Dios y seguir vivos, tampoco podemos ver el pecado sin paralizarnos y entrar en pánico. Después de intuir la inmensidad del mal, sólo llevados de la mano del Señor, podemos seguir adelante.

Voy a enunciarlo como lo siento: acercarse al pecado, conceptualmente, incluso para "tratar de entender", y hacerlo sin Jesús, sin estar agarrados a él, es tirarse al vacío sin paracaídas. Solamente después de descubrir quién es Jesucristo puedo entender la palabra "pecado" con el sentido que tiene para los cristianos. Los años me han enseñado que el Señor no sólo nos perdona, sino que, además, nos libera de la experiencia del pecado como un sentimiento de culpa paralizante que se extiende por todo nuestro ser y que nos deja sin fuerzas y en completa soledad. En cada celebración de la Pascua, cantamos en la Iglesia: "¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!". Detrás de esta exclamación, se esconde "el aspecto positivo" del pecado: Jesús. No hay otro.

Estos jóvenes y alegres matrimonios, llenos de vocación de servicio y ganas de celebrar la misa como una fiesta, me parecían representativos de todas aquellas

personas que no pueden mirar de frente el pecado porque, para ellas, "el pecado" significa un mal real cargado de angustia y dolor, y "la misericordia de Dios", un bien teórico desprovisto de sentimientos concretos. Hasta que el amor de Dios no es experimentado desde la fe, no hay manera de mirar el mal. Es más, creo que estos amigos que efectuaban ese retiro, al rechazar un rito penitencial que no comprendían, estaban haciendo intuitivamente algo muy positivo: se resistían a una tentación. ¿Tentación, cuál? A la primera de todas, a la más peligrosa: instalar, entre Dios y nosotros, el sentimiento de culpa como el único vínculo real.

La primera tentación

El tema de la tentación nunca me resultó fácil. Para entenderlo, fue para mí muy importante ese pasaje del libro del Génesis en el que, después de narrarse el momento de la Creación, se presenta al ser humano desconfiando de ella, recelando de lo que Dios había hecho. En ese relato, cargado de simbolismos y de una riqueza inagotable, encontramos el tema de la tentación representado en las palabras de la serpiente.

Comencemos por el segundo capítulo del Génesis, en donde *el Señor le dio* (al hombre) *esta orden: "Puedes comer de todos los árboles que hay en el jardín, exceptuando únicamente el árbol del conocimiento del bien y del mal"*¹⁴; y, luego en el tercer capítulo, podemos leer que *la serpiente dijo a la mujer: "¿Así que Dios les ordenó que no comieran de ningún árbol del jardín?"*¹⁵. El autor no le hace decir a la serpiente: ¿Por qué no comen del árbol prohibido?, sino: "¿Así que Dios les ordenó...?". Es una pregunta "teológica", es sobre Dios, es un planteo sobre el sentido de la Creación, sobre lo que Dios ha hecho y dicho, ¿por qué no se puede comer de ningún árbol?

Si miramos bien, observaremos que se siembra la duda con una trampa. Dios no había dicho "no coman de ningún árbol del jardín", la afirmación puesta en los labios de Dios decía todo lo contrario: de cualquier árbol del jardín puedes comer... En otras palabras, la serpiente parece decir (y decirnos): ¿Para qué se te ha creado, si no tienes acceso a lo que Dios hizo? ¿Cuál es el sentido de todo, si ustedes no pueden tomar ningún fruto? ¿Dios ha creado todo para nada? Dios te ha puesto en este mundo, pero nada hay en él que sacie tu corazón, es absurdo que todo sea para nada, que la vida sea algo en el fondo incomprensible y sin sentido. ¿Entonces, uno nació para sufrir y cualquier esfuerzo es inútil, da lo mismo vivir de una manera o de otra?

Creo que ésa es la primera tentación, la que sostiene todas las otras, la que nos acompaña como una música de fondo que empapa el ambiente, la que se nos mete adentro como una canción pegadiza que no podemos dejar de repetir... ¿Todo es para nada? Una vez que caímos en ella, las demás irrumpen en

¹⁴ Génesis 2, 16-17.

¹⁵ Génesis 3, 1.

nosotros con fuerza incontenible. Pienso que está puesta en el Génesis antes que ninguna otra, porque es la primera en el completo sentido de la palabra: la que está antes y la que hace posibles a las demás.

Jesús, con su vida y sus palabras, me invita a recorrer el camino en la otra dirección, me muestra el valor de mi ser, lo que importo para él y para su Padre. Es él quien me pone en la senda de la realidad: de todos los árboles del jardín puedes comer... Esa es la afirmación primera, no hay nada antes. La primerísima experiencia del ser humano es que la vida es buena y que en ella las oportunidades son infinitas. Después vienen los límites, las imposibilidades propias y ajenas, los peligros de no ser, pero lo primero es la vida y la bondad, y la belleza de estar vivo.

Jesús me muestra que no es cierto que todo sea para nada; todo es para algo, para alguien, tiene un sentido. Si miro las cosas con él, entonces, el universo no es solamente el fruto de un Big Bang, sino que ha salido de las manos del Padre; y no camino hacia una catástrofe cósmica, estoy yendo de vuelta a la casa de ese Padre. Si miro la historia con Jesús, llevado de su mano, los seres humanos no somos una especie más de una evolución ciega, no somos dinosaurios sofisticados, ni monos despabilados, ni seres destinados a matarse unos a otros para que sobreviva el más fuerte. Somos hermanos.

Si no hay Dios, no hay mundo ni hombres; lo que hay son cosas y animales. Ésa es la tentación. El Señor ha venido a salvarnos justamente de esto. De una vida sin sentido. Los animales nunca se equivocan ni cometen un pecado. Pedir perdón, arrepentirse, reconocer la propia debilidad y también la capacidad de hacer el mal, será doloroso, pero es ser un ser humano.

En la vida, he aprendido que intentar entender el tema del pecado sin partir de una relación profunda con Jesús, es exponernos a esa gran tentación. Inmediatamente, podemos paralizarnos, y "todo es para nada". Nos puede atrapar la lógica del absurdo, y perdernos en un laberinto sin salida. Creo que por eso muchas personas se alejan hasta de la discusión sobre estos temas y los tocan rápidamente con frases superficiales. Es que se trata de una travesía peligrosa que sólo podemos recorrer con el Señor.

Sin temor

Cuando Juan el Bautista gritaba, en el desierto, llamando al bautismo en el Jordán, estaba invitando a arrepentirse de los pecados y a confiar en la misericordia. En cambio, cuando Jesús nos llama a compartir la mesa de la eucaristía, creo que no nos está haciendo la misma invitación; es otra, muy parecida, pero con una diferencia clave: primero es la misericordia y luego el arrepentimiento. Somos hijos, no esclavos; hemos sido creados por un Padre que nos ama y podemos confiar en ese sentimiento de hijos y abandonarnos en sus manos. ¿Qué cambia que sea primero una cosa o la otra? Cambia el punto de apoyo, nada más y nada menos. ¿Sobre qué se apoya la relación con el Señor?

En el evangelio, podemos ver que, gracias a Jesús, el vínculo no es la culpa, sino el amor. Se transforma todo cuando descubrimos que él nos conoce y confía en nosotros. Dios no responde a nuestra desconfianza con otra, sino que envía a su Hijo que da la vida por nosotros. Eso es lo que valemos a sus ojos.

Si sólo de la mano de Jesús podemos acercarnos al conocimiento de nuestra condición de pecadores, entonces, será bueno mirar, en los textos evangélicos cómo nos muestra el Señor el mal y el pecado. ¿Cómo nos enseña a reconocerlos de tal manera que, sin asustarnos, podamos evitarlos? ¿Cómo hace Jesús para que comprendamos esto sin entrar en pánico y paralizarnos? Esta ausencia de temor es fundamental, porque es justamente el miedo el que nos deja sin fuerzas ante la tentación.

Hay varios pasajes bíblicos en los que Jesús nos dice que no tenemos que temer, pero este de Lucas me parece el más sorprendente y claro: *A ustedes, mis amigos, les digo: No teman a los que matan el cuerpo y después no pueden hacer nada más. Yo les indicaré a quién deben temer: teman a aquel que, después de matar, tiene el poder de arrojar a la Gehena. Sí, les repito, teman a ese. ¿No se venden acaso cinco pájaros por dos monedas? Sin embargo, Dios no olvida a ninguno de ellos. Ustedes tienen contados todos sus cabellos: no teman, porque valen más que muchos pájaros.*¹⁶

No puedo imaginar una forma más eficaz, simple y profunda, de enseñar algo esencial para nuestras vidas. Veamos. Primero nos muestra lo que sí hay que temer y lo hace con palabras que asustan e, inmediatamente después, abre el camino de salida que aleja el temor sin recurrir a algo exterior (alguna fuerza salvadora), sino mostrándonos a nosotros mismos lo que valemos para Dios, que nos conoce perfectamente (sabe hasta cuánto pelo hay en nuestra cabeza). La razón por la que no tenemos que temer es porque somos valiosos para el Padre, que es todopoderoso (ni un pájaro cae en tierra sin su permiso). Ese es el motivo que aleja el temor.

Resumiendo: en el mismo momento en el que nos advierte que hay un peligro muy grande, nos enseña que no hay que temer y nos explica por qué: porque, para Dios, somos muy valiosos. Pero no se detiene ahí. Creo que, como conoce nuestras dudas y nuestras trampas, y sabe que cuando alguien nos dice que somos valiosos, en algún lugar, suena la voz de la tentación que susurra: "si me conociera bien, no pensaría eso", entonces, utilizando imágenes graciosas, (pájaros y cabellos) afloja la situación y nos hace saber que el Padre nos conoce muy bien, que él no se engaña sobre nuestro valor.

Estoy convencido de que esto hay que recordarlo siempre: Dios sabe lo que valemos porque nos ha creado, porque ahora nos está creando. Jesús ha venido a anunciarnos eso, que Dios nos ama no sólo porque es bueno y se conmueve de nuestra miseria. En primer lugar, nos ama porque somos sus hijos, porque nos

¹⁶ Lucas 12, 4-7.

ha hecho dignos de amor, de su amor. No nos ama porque nos tiene lástima; nuestra miseria y pobreza aumentan ese amor y lo convierten en ternura, pero la razón primera de su amor no es nuestra debilidad, sino lo que somos, este ser creado así por él.

Sí, todo es diferente, si observamos nuestros pecados, mientras los contempla él. Por eso, el rito penitencial con el que comenzamos la misa es uno de los gestos más creativos y menos deprimentes. Es la fiesta de la misericordia que nos invita a mirarnos con sus ojos.

¿Me amas?

*Amarás al Señor, tu Dios,
con todo tu corazón, con toda tu alma
y con todo tu espíritu (Mateo 22, 37).*

El todopoderoso pide ayuda

Van pasando los años, y, sin embargo, no he podido desprenderme del significado que algunos pasajes bíblicos tuvieron para mí siendo aún muy chico. Después de tanto tiempo, cuando hago referencia, en la misa, a aquellos pasajes, me doy cuenta de que explico esas palabras a partir de algunas reflexiones y sentimientos que surgieron en mí durante la infancia. En los libros, he encontrado los mismos razonamientos bastante mejor expuestos, u otros parecidos, pero sé que lo que predico no lo leí, sino que, de alguna manera, lo descubrí en los primeros años de mi vida.

Por ejemplo: siempre me atraían las narraciones de esos momentos en los que Jesús llamaba a sus discípulos para que lo siguieran, me fascinaban. Probablemente ese atractivo derivaba del hecho de que se los relacionaba con “el llamado” o “la vocación”, y, por entonces, ya intuía que las cosas iban a tomar el cauce que tomaron. En realidad, lo que me llamaba la atención no era que Jesús convocara a algunos para que lo siguieran; para mí, lo sorprendente, era que él pidiera ayuda. No podía relacionar eso con otra cosa que se me había enseñado como muy importante: que Jesús era Dios y por lo tanto “todopoderoso”.

Me resultaba incongruente. ¿Por qué pedía ayuda, si él podía hacer cualquier cosa? Parece que nunca pude o supe hacer la pregunta, pero la respuesta llegó sola. Fue cuando descubrí que los adultos, en algunas ocasiones, les piden a los chicos que los ayuden y no lo hacen porque lo necesiten; –en verdad, es más trabajo con esa ayuda que sin ella–, sino para compartir el momento, para enseñarles, para decir, al final, en plural: “lo hicimos”. Es una manera de incorporarlos al mundo adulto que puede tener un enorme significado en el desarrollo de la persona. Por eso, Jesús nos invita a trabajar con él, para introducirnos en su vida. Ahora sé que se trata de una expresión de omnipotencia y no de debilidad: precisamente porque lo puede todo es que nos invita a hacerlo con él.

Cuando la liturgia propone reflexionar sobre esos textos en los que Jesús llama a sus primeros discípulos, habitualmente comienzo la homilía remarcando que él pide ayuda, que se pone en el lugar del necesitado para hacernos participar, para que nuestra respuesta nos haga protagonistas. Cuando llegemos a la Casa del Padre vamos a escuchar “lo hicimos”. Qué maravilla, será verdad.

Eligiendo a Pedro

¿Y cómo nos elije? El mejor ejemplo lo encuentro en un diálogo del Señor con Pedro en el que no falta ni sobra una sola palabra. San Juan lo ubica en el final de su evangelio. Jesús ya había muerto y resucitado. Pedro ya lo había negado y abandonado. En ese contexto, el Señor nos vuelve a sorprender con una de esas preguntas que nos zarandean hasta desorientarnos. *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* La respuesta del rudo pescador está llena de ternura: *Sí, Señor, tú sabes que te quiero.*¹⁷ Siempre me ha llamado la atención este diálogo. Es uno de esos textos a los que no puedo acostumbrarme y me sigue sorprendiendo cada vez que lo escucho. Me emociona imaginar la escena.

Se habla de amor. ¿En qué sentido se usa esa palabra? Podemos volver a la normalidad de la que nos saca Jesús desviándonos del centro de la cuestión y enredarnos en explicaciones intelectuales y tranquilizantes, pero es mejor dejarse conmovir por la expresión "amor" tal como es aquí usada por estas dos personas concretas. Si nos dejamos llevar por el texto, podemos descubrir que, en boca del Señor, "amar" se refiere primeramente a algo que "hay que sentir", no se trata de lo que "hay que hacer". Todo indica que, para Jesús, amar no es "hacer obras" que expresen amor, sino sentir un amor que necesita de obras para expresarse.

Poner las cosas en ese orden tiene su importancia porque, contra lo que se cree habitualmente, pueden mentir más las obras que las palabras. Es más, en algunas oportunidades, es difícil saber si personas ocupadas en formas muy concretas de trabajo "por los demás", están haciendo eso por amor o por algún otro motivo, incluso para no amar. *Aunque repartiera todos mis bienes (...) y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.*¹⁸ Para el Señor, lo primero es la respuesta a la pregunta: "¿me amas?"; y después viene la tarea: "apacienta mis corderos". Jesús no teme a las palabras y le interesan los sentimientos.

En la respuesta de Pedro a esa inmensa pregunta, es posible adivinar algún temblor en la voz: "Tú sabes que te quiero". Palabras y sentimientos que van y vienen. Seguramente a Pedro la pregunta de Jesús le hizo sentir la herida, aún abierta, de su traición. Aquellas palabras dichas pocos días antes, "no conozco a ese hombre", hacen de telón de fondo que perfila y embellece la expresión de ahora, "Tú sabes que te quiero". Puede ser que también nos ocurra algo similar al escuchar esa pregunta dirigida a nosotros.

Esa herida no es una barrera, es el lugar para que el remedio actúe y muestre su eficacia. Ni Jesús ni Pedro permiten que su relación quede detenida en el momento de la debilidad del Apóstol. Para ambos, aquel instante doloroso es ahora oportunidad para la curación. Así ocurre con la herida del pecado y con esa

¹⁷ Juan 21, 15.

¹⁸ 1 Corintios 13, 3.

fragilidad que acompaña lo mejor de nosotros mismos. No se trata de heridas de muerte; allí puede desplegar su ternura la medicina que alivia. Siento que nuestras debilidades son como rendijas por las que penetra la gracia. De este modo actúa Jesús, que nos va llevando de la mano a mirar lo que nos avergüenza sin dejar que el miedo nos paralice.

A veces, nos cuesta un poco descubrir esa presencia que nos conduce suavemente porque se acerca a nosotros como si el necesitado no fuera uno, sino él. Sorprende que su amor parezca nacer también de una herida. Esto mismo se refleja conmovedoramente en el encuentro de Jesús con la mujer samaritana. "Dame de beber". Él, justamente él, no tiene cómo sacar agua del pozo. "Dame de beber". Palabras que brotan de la herida de la sed y del amor. Del amor a ese ser humano perdido en su aislamiento y al que Jesús conocía perfectamente: *Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido*¹⁹.

La expresión "dame de beber", junto al pozo y en la soledad del desierto, se asemeja a ese "¿me amas?" dirigido a Pedro. Amor en la pregunta y en la mirada que conocía lo que hay en el corazón del hombre y de la mujer, amor en el pedido que convierte el corazón cinco veces abandonado en una vertiente, en un pozo de agua capaz de calmar la sed de la fuente. En el gesto de amor del agua que se entrega, corre la frescura que apagará la sed; en el gesto de amor del corazón que pide, se entregará el agua que limpia, que sacia mucho más allá de la boca. *Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: "Dame de beber"*.

Ella sale corriendo hacia el pueblo y cuenta a todo aquél que quiera escucharla el encuentro que ha tenido junto al pozo. El pueblo se alborota y se encamina a ver a Jesús. Santa Teresa de Ávila comenta con profundidad y gracia castellana: *Iba esta santa mujer con aquella borrachez divina dando gritos por las calles. Lo que me espanta a mí es ver cómo le creyeron, una mujer. Y no debía ser de mucha suerte, pues iba por agua*²⁰.

Tú lo sabes

Regresemos al diálogo con Pedro. "¿Me amas?" pregunta el Jesús traicionado al pescador inconstante. "¿Me amas?" Para arrancar de nosotros el corazón de piedra, él nos pregunta si lo amamos, nos pide de beber. Nos pregunta por lo que sentimos, quiere saber qué clase de agua brota de nuestro pozo. Quiere recibir nuestra agua, siempre un poco turbia, para derramar en ella la suya, transparente y pura. Mezcla su agua con la nuestra hasta dejarla limpia, hasta calmar la herida de nuestro corazón con la del suyo. Es de ahí de donde brotan el agua y la sangre de la vida.

¹⁹ Juan 4, 18.

²⁰ Med. Cant., 7, 7.

“¿Me amas más que éstos?” Éstos son los otros discípulos, ese pequeño y extraño grupo que se había formado hacía tan sólo tres años. ¿Quién puede decir que ama más que otro? ¿Cómo encontrar una medida? ¿Cuándo amamos más y cuándo menos? ¿Será cuestión de momentos, de estados de ánimo? ¿Cómo comparar? Nuevamente una pregunta de Jesús que nos desorienta y nos anima a ir más allá de los significados obvios.

Creo que es posible aceptar ese desafío de ir un poco más allá y aventurarnos a pensar que este episodio puede tener un sentido que, a primera vista, se nos escapa. Si tomamos en cuenta todo lo que ocurrió después, y el lugar que ocupó Pedro, podemos imaginar que quizá la escena que miramos no sea simplemente la de un hombre que pregunta si es amado. Puede ser que, si observamos con atención, veamos algo así como la imagen de un músico que está eligiendo el mejor instrumento para expresarse, que está probando cómo se siente él con ese instrumento y no lo que el instrumento siente por él. Tal vez, lo más importante, y lo que hace del joven pescador exactamente lo que se buscaba, es que Pedro no dice solamente: “Sí, Señor, tú sabes que te quiero”, sino que, al ser interrogado por tercera vez, responde: “Tú lo sabes todo, sabes que te quiero”.

“Tú lo sabes”. En su respuesta, apela a lo que siente Jesús, no a expresar lo que siente él. Probablemente sea esa actitud la que pone en sus manos las llaves que le permitirán abrir y cerrar. Su poder se apoya en el “tú sabes”, su fuerza nace de la confianza, su seguridad emerge de su debilidad elegida como instrumento. Pedro sabe lo que el amor siente por él. Eso es lo que él sabe y siente, y es lo que lo convierte en el instrumento adecuado, el signo, la llave, la piedra; la referencia segura ante el misterio del amor de Dios por cada uno de nosotros.

Después de los templos

Dime por piedad, Señor Dios mío, qué eres para mí. Di a mi alma: tu salvación soy yo. Dilo de manera que lo oiga. He aquí, Señor, ante ti están los oídos de mi corazón. Ábrelos y di a mi alma: tu salvación soy yo. Que yo corra tras esa voz y te dé alcance (San Agustín).

Venta y compra

Pienso que a todos los chicos se les graba, en la memoria, esa escena en la que Jesús expulsa del templo a los mercaderes. No sé cuando la escuché por primera vez, pero seguramente fue cuando apenas sabía leer y escribir. Los años fueron llenando esas imágenes de un contenido que, en mi infancia, no podía sospechar.

Jesús llega a Jerusalén. Se aproximan los días de dolor y de gloria que transformarán la historia de la humanidad. Entra como un rey muy especial, va montado en un burro, la gente lo aclama como Mesías, y entonces los poderosos se enojan y le reclaman: *Algunos fariseos que se encontraban entre la multitud le dijeron: "Maestro, reprende a tus discípulos". Pero él respondió: "Les aseguro que si ellos callan, gritarán las piedras".*²¹ Poco después, comenzarán los acontecimientos que todos conocemos: la Cena, Judas, Pilato, la Cruz, el sepulcro vacío; pero antes hay que hacer algo: ir al Templo y tirarlo abajo. *Después Jesús entró en el Templo y echó a todos los que vendían y compraban allí, derribando las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas.*²²

El gesto de echar a los mercaderes de ese lugar sagrado tiene una lectura actualizada bastante superficial y obvia, que podríamos sintetizar así: a Jesús le molesta toda esa feria que se arma alrededor de las Iglesias. A partir de ahí es fácil criticar la riqueza de los curas, empezando por el Vaticano y continuando por el coche o las vacaciones del párroco. Sin dudas, puede haber aspectos criticables en la forma de vida de algunos pastores, pero no me imagino a Jesús pensando en eso justamente en ese momento. Creo que lo que está haciendo es mucho más: está echando a los que venden y también a los que compran. Lo dice con claridad: la casa de su Padre es casa de oración, no de comercio.

No se trata sólo de poner nuestra atención sobre los que venden las palomas, los bueyes, el incienso, las velas o las estampitas. Los que compran, ¿qué compran? El que vende gana un dinero, y el que compra, ¿qué gana?, ¿qué se lleva del Templo? Jesús está dando un paso absolutamente revolucionario, está inaugurando un tiempo completamente nuevo, su gesto encierra un mensaje

²¹ Lucas 19, 39-40.

²² Mateo 21, 12.

sorprendente: Dios no está en los edificios en los que hay que hacer algunas cosas para ganar su favor, ahora todo es gratis, ya no somos siervos, sino hijos, no puede haber comercio iporque todo es nuestro!

Ha comenzado el tiempo de la gracia. Dios regala la salvación, se acabó esa relación de "yo hago esto para que Dios haga esto otro". Terminó el comercio, y comenzó la oración, ya no hay un lugar en el que ganar el favor de Dios; se acabó ese Templo, y se terminaron todos los templos. Dios está en otra parte: ahora el lugar del encuentro es él mismo, más concretamente su propio cuerpo. *"Destruyan este templo y en tres días lo volveré a levantar". Los judíos le dijeron: "Han sido necesarios cuarenta y seis años para construir este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?". Pero él se refería al templo de su cuerpo.*²³ Y hay algo más, no sólo su cuerpo es el sitio del encuentro, nuestro cuerpo también: *¿No saben que son templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes?*²⁴ Ya no hay nada que comprar, ya no hay nada que vender.

Aceptar el regalo

¿Entonces qué hacemos? Aceptar. ¿Aceptar qué? Cuando nos hacen un regalo hay que aceptarlo. ¿Nada más? ¿Te parece poco? Aceptar un regalo compromete, establece un tipo de vínculo especial. Habría que pensarlo bien. ¿No será mejor seguir con "una relación comercial"? En realidad, para nuestra pequeñez, es más fácil intentar el comercio que la oración, por algo nos inventamos los templos y nos asustamos ante el regalo.

En "un negocio", cada uno sigue en su sitio y conserva una cierta independencia; pero si es un regalo, la relación que se establece es diferente. En algunas ocasiones, no se deben aceptar los regalos porque no es conveniente una relación de mayor proximidad personal, sino que hay que mantener una distancia y una simetría. En los templos, el hombre y Dios, o los hombres y los dioses, conservan siempre sus lugares bien definidos, y, en esa claridad de roles, el hombre logra, de alguna manera, compararse con Dios. Al compartir un espacio y un tiempo con la divinidad, el ser humano logra superar su pequeñez y vivir una ilusoria trascendencia.

Jesús hace trizas esa forma "comercial" de relación con Dios y nos invita a orar, a hablar con él, a pedirle lo que necesitamos, a agradecerle y alabarlo como hijos suyos y herederos de su Reino. No importa el sitio, puede ser una Iglesia o el templo de otros con una fe diferente. Ni siquiera es indispensable la presencia real, eficaz y misteriosa de Jesús en la eucaristía depositada en el sagrario. No se trata ya de lugares, sino de corazones que aceptan el regalo y se atreven al amor.

²³ Juan 2, 19-21.

²⁴ 1 Corintios 3, 16.

Hemos sido educados en “la mentalidad del templo” y sabemos cómo comportarnos cuando vamos a un lugar de esos, pero no se nos ha enseñado qué hacer con el regalo. Como es difícil teorizar sobre estos temas, me parece que, a fin de entender este gesto de Jesús, conviene ver qué han hecho otros con el regalo de descubrirse hijos de Dios y objeto de su amor. Creo que dos figuras nos pueden abrir el camino: una es alguien lejano en el tiempo e inmenso en su capacidad de reflexión; y la otra es muy cercana, pero también enorme en el testimonio de su vida. Dejémonos llevar de la mano de san Agustín y de la Madre Teresa de Calcuta.

San Agustín

En primer lugar, vamos a tomar contacto con Agustín y a escucharlo hablar con su Padre y nuestro Padre. Es bueno leer lentamente, con cuidado y sin interrupciones, para permitir que nazca la emoción y nos conmueva.

Grande eres Señor y digno de toda alabanza, grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Pero quiere alabarte un hombre, una partícula de tu creación. Eres tú quien lo impulsa a deleitarse en alabarte. Porque nos hiciste para ti, e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en ti.

Dime, por piedad, Señor Dios mío, qué eres para mí. Di a mi alma: tu salvación soy yo. Dílo de manera que lo oiga. He aquí, Señor, ante ti están los oídos de mi corazón. Ábrelos y di a mi alma: tu salvación soy yo. Que yo corra tras esa voz y te dé alcance.

*Estrecha es la mansión de mi alma para que tú vengas a ella; que se ensanche, pues, gracias a ti. Está en ruinas, reconstrúyela. Tiene cosas que ofenden a tus ojos, lo confieso, lo sé. Pero ¿quién la limpiará? ¿A quién, fuera de ti, acudiré?*²⁵

Me emociona copiar las palabras de este gran santo. Establece una misteriosa proximidad con él, con alguien que ha recibido el regalo, lo ha aceptado y lo comparte. Muchas de sus expresiones no le pertenecen, sino que las toma de otros textos que ha encontrado como nosotros encontramos los suyos. La Palabra de Dios aparece constantemente entremezclada con sus sentimientos y con otras palabras de otros buscadores que también bucearon en sus corazones y en la Sagrada Escritura.

Al transcribirlas, siento que estoy como en la orilla de un océano lejano y misterioso, pero, a la vez, próximo y entrañable. Se habla de cosas sublimes y cercanas. Aunque no comprendo, sé de qué se está hablando. Mi corazón se reconoce en algunas frases. Hay brisas que me traen sonidos que, alguna vez, escuché y pude vivir. Es conmovedor percibir que cada uno, desde su casi nada,

²⁵ San Agustín, *Confesiones*, Libro I – I, 1; V, 5; V, 6.

puede vibrar en la misma frecuencia de aquellos santos y sabios que buscaron tanteando entre misterios.

No puedo acceder a ciertas profundidades metafísicas o teológicas. Intuyo, en algunas frases, las bibliotecas que, a partir de ellas, se han escrito. No tengo fuerzas, ni conocimientos, para aventurarme por esos caminos. Permanecer en la orilla de esos diálogos apasionados de Agustín consigo mismo y con su Señor, y releerlos sin acceder por completo al contenido ya es bastante. Suena como música, como una canción encantadora en un lenguaje desconocido. Sí, debe ser maravilloso comprender la letra, pero así, solamente atrapado por un sonido que penetra hasta algún lugar que, sin entender, se conmueve, es suficiente.

Éste es el regalo, esta relación personal y única con ese Padre que no cabe en ningún sitio que no sea el corazón de sus hijos. Allí está él, en esos corazones, allí espera, desde ese misterioso espacio envía señales y se comunica. Sí, el Reino de Dios está cerca.

Teresa de Calcuta

Vayamos ahora a Calcuta, una pequeña e inmensa mujer camina y sonríe entre los más pobres de los pobres. Les lleva su alegría. Ellos también sonríen, algunos por última vez. Desde lejos, muy lejos, el mundo aplaude y premia esa sonrisa sin preguntar de dónde viene esa luz, cuál es el manantial de esa fuerza, esa paz, ese entusiasmo. Pienso que siempre pasamos rápido por encima de esa pregunta porque intuimos que la respuesta puede alterarnos la vida. Pero hoy vamos a detenernos un momento para ver qué hizo esta hermana nuestra con el regalo de amor de nuestro Padre.

Ella también ha sacado a Dios de los templos y, además, lo ha arrojado a los pies de los "distraídos", los que se refugian en el entretenimiento, en la superficie de la economía, de la religión, de la política, de la vida. ¿Por dónde se puede caminar si Dios está tirado en la calle? *Les aseguro que cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo.*²⁶ ¿Cómo "comerciar" nuestra salvación personal con un Dios que vive en esos lugares y entre esa multitud de gente pobre y enferma? ¿Cómo no caer en la tentación de refugiarnos en algunos templos, en los que se pueda hablar a solas con el dueño de casa y sin tantos intermediarios incómodos? Todo, todo lo que hiciste a uno de estos pequeños...

Esto era lo que ella hacía, lo que se podía ver. ¿Pero qué vivía en su corazón? ¿Cuáles eran sus sentimientos? Ahora que la Madre Teresa ya no está podemos hurgar en sus escritos y descubrir sus secretos, asomarnos al manantial y espiar sin ser vistos. ¿Cómo era la fuente de la que brotaba esa sonrisa? Nos esperan algunas sorpresas.²⁷

²⁶ Mateo 25, 40.

²⁷ Madre Teresa, *Ven, sé mi luz*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 2008, p. 232.

Señor, Dios mío, ¿quién soy yo para que tú me abandones? La niña de tu amor y ahora convertida en la más odiada, la que tú has desechado como despreciada, no amada. Llamo, me aferro, yo quiero, y no hay nadie que conteste, no hay nadie a quien yo me pueda aferrar, no, nadie. Sola. La oscuridad es tan oscura y yo estoy sola. Despreciada, abandonada. La soledad del corazón que quiere el amor es insoportable. ¿Dónde está mi fe? Incluso en lo más profundo, todo dentro, no hay nada, sino vacío y oscuridad. Dios mío, qué doloroso es este dolor desconocido... Todo el tiempo sonriendo. Las hermanas y la gente hacen comentarios de este tipo. Ellos piensan que mi fe, mi confianza y mi amor llenan todo mi ser y que la intimidad con Dios y la unión a su voluntad impregnan mi corazón. Si supiesen cómo mi alegría es el manto bajo el que cubro el vacío y la miseria.

Estas palabras, enviadas a su confesor, fueron escritas el 3 de julio de 1959, cuando ya hacía un poco más de diez años que había fundado la Congregación de las Misioneras de la Caridad. Tres meses después, dirigió una carta a Jesús, en la que también expresa su desolación, y que termina así: *Te suplico sólo una cosa; por favor, no te preocupes por volver pronto. Estoy dispuesta a esperarte toda la eternidad. Tu pequeña.*

Sus cartas contienen muchos textos de este tenor y también otros, llenos de entusiasmo, alegría y fuerza, que nos resultan más fáciles de imaginar y que nos reconforta leer. Pero el manantial de vida que se convertía en servicio a los más pobres brotaba de una vida espiritual que se apoyaba tanto en la claridad como en la oscuridad de la fe. Detrás de la sonrisa, hay un corazón rebosante de amor y, por eso mismo, de luz y de sombras, de vida y de muerte. Amor humano, frágil e indestructible, efímero y eterno.

Los santos nos enseñan qué hacer con el regalo que ha destruido los templos; ellos nos muestran con sus vidas la diferencia entre una casa de oración y una casa de comercio; nos dicen cómo aceptar el regalo y vivir, desde ese momento, la belleza y la tragedia del amor a Dios y a los hermanos. En sus vidas, nos llega el sonido de esa voz que, como a san Agustín, nos susurra: "tu salvación soy yo". Y no es poco estar ahí, en la orilla del misterio.

Encuentros ¿impersonales?

Hombre, ¿por qué te desprecias tanto cuando Dios tanto te aprecia? ¿Por qué te degradas tanto cuando Dios tanto te honra? ¿Por qué atiendes tanto a tu origen y te desentienes de tu fin? ¿No ha sido hecha para ti toda esta casa del mundo que te es dado contemplar? La luz que se te ha infundido es capaz de disipar las tinieblas que te rodean. Para ti se ha preparado la noche. Para ti las horas del día (San Pedro Crisólogo).

Corazones cerrados

Desde que era chico, me han impactado las discusiones de Jesús con los fariseos. Son enfrentamientos que tienen una particularidad que los hace especiales: en ciertas oportunidades, nos muestran al Señor realmente enojado, incluso, en algunos textos se habla de cólera o ira ¿Por qué él, siempre bondadoso y paciente, ante este tipo de personas, se disgusta así? ¿Cuál es la causa de ese fastidio? Escuchemos: *Entonces, dirigiendo sobre ellos una mirada llena de indignación y apenado por la dureza de sus corazones (...).*²⁸ Eso es lo que le duele, los corazones cerrados y endurecidos. Los conflictos son en torno a interpretaciones de la ley, pero de lo que realmente se trata es de corazones necios que no quieren aceptar lo que se les dice.

Jesús ama a los fariseos, les dedica mucho tiempo y esfuerzo. Intenta, por todos los caminos, de sacarlos de su aislamiento y de esa voluntad de aferrarse al poder y a los límites de sus propias instituciones. Quiere zarandearlos hasta arrancarles la coraza en la que están atrapados. El Señor no menosprecia la importancia de la Ley de Moisés, pero los está invitando a dar un paso más, y ellos no se atreven. Parece que no pueden imaginarse a sí mismos libres ante Dios y con una relación personal con él. Esos encuentros generan una situación tan tensa que, como ya sabemos, algunos de aquellos personajes finalmente decidirán mandar a matar a Jesús.

Lo que está en discusión no es un tema menor. El Señor quiere que vivamos nuestra relación con Dios como la relación del hijo con su padre. Cuando Jesús habla de su Padre dice "Abba" (papá), y en el momento de enseñarnos a rezar, comenzará con las palabras "Padre nuestro". Quiere introducirnos en esa misteriosa intimidad. Los fariseos deben dar, antes, un paso que también nosotros debemos dar. Conviene prestar atención, porque, para quienes vivimos en estos tiempos sin Dios ni sentimientos, quizá sea aun más difícil que para ellos. El paso previo es este: para descubrir a Dios como alguien y no como algo,

²⁸ Marcos 3, 5.

en primer lugar, tenemos que percibirnos a nosotros mismos como alguien, como personas.

Jesús trata a esos eruditos en religión, y a nosotros, como lo que somos, cada uno, una persona única e irrepetible; no nos trata como si fuéramos cosas; no mira nuestro color ni nuestra inteligencia, ni se fija en la función que ocupamos; ni siquiera se ocupa de nosotros porque seamos buenos o malos. ¿Lo vamos a entender? Para él, no somos esclavos, sino hijos; no somos siervos, sino amigos, y eso es lo que nos quiere hacer comprender. Le importamos, nos ama.

Fariseos actuales

En el evangelio, se señala, con sutileza, que estos personajes que discutían con Jesús, se acercaban a él "para espiarlo" o "para ponerle una trampa". No preguntan para saber más, lo que les interesa es conocer el pensamiento del otro para utilizar esa información de alguna manera; el que espía escucha atentamente, pero no para aprender. La actitud de sus corazones no es transparente, hay intenciones que se esconden. Hoy, siglos después, podemos reconocer, cerca de nosotros, a personas que piensan, discuten y actúan como aquellos fariseos y doctores de la ley. Este tipo de individuos generan, hasta nuestros días, discusiones muy similares a aquellas, es difícil hablar con ellos, y suelen resultar un problema en cualquier comunidad. Después de muchos años, sigo sorprendiéndome ante esos corazones que, de Jesús, de la Virgen, de los santos y de la Iglesia, parecen haber aprendido todo menos el amor.

No es un tema que afecte solamente a los miembros de la Iglesia. Es interesante observar que hay algo en común entre estos "doctores de la ley" y algunos fenómenos religiosos propios de nuestro tiempo. Lo que les ocurría a los fariseos, en los días de Jesús, con "la ley" se asemeja a lo que les pasa hoy a otros con "el compromiso político", "acompañar a los pobres", "la meditación", "la oración" (la lista puede ser muy larga); todas actitudes, actividades y expresiones que, cuando se convierten en cosas que hay que hacer o en una imagen que hay que mostrar, pierden toda su belleza.

Conozco a muchas personas que tienden a sustituir la experiencia de la fe por acciones más concretas que sacan lo religioso del ámbito del encuentro con Dios y lo desplazan hacia compromisos y actividades que se pueden ver, medir, pesar, tocar, evaluar. Prefieren quedarse allí, como a cierta distancia de un encuentro vivo y personal con un Dios cercano, que propone una relación de amor y que no necesita nuestras obras. En algunas circunstancias, esta actitud es algo de un momento, forma parte de una búsqueda, de un camino. Pero, en otras, puede tratarse de esa actitud que a Jesús enojaba: la de aquéllos que sólo se escuchan a sí mismos, que buscan, en la experiencia religiosa, solamente un pasaporte hacia una tranquilidad de conciencia, que, instalados sobre una actitud soberbia, ponen sus puntos de vista por encima de cualquier otra consideración.

Jesús advierte: *Cúidense de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.*²⁹ La levadura es lo que eleva la masa, la levanta, la hincha, la infla... La comparación que usa el Señor es gráfica y directa: todos conocemos personas que parecen infladas por su soberbia. Son aquellos que se ponen por encima de la verdad y la manipulan. Son "ciegos que guían a otros ciegos".³⁰

Los hipócritas tienen una imagen de sí mismos que no coincide con la realidad. Puede ser una imagen aprendida de sus mayores, de la que no logran desprenderse, y es posible que esa imagen esté unida a otras: la imagen de uno mismo va acompañada de la imagen que se tiene de Dios, o de la propia familia, o de lo que está bien o está mal. En fin, pueden ser muchas las imágenes que parecen reclamarse las unas a las otras. Jesús irrumpe en nuestras seguridades y nos invita a una respuesta propia, personal. En el último capítulo, retomo este tema que ha adquirido una actualidad indiscutible en nuestra cultura, precisamente llamada "cultura de la imagen" o también "de la simulación"... Vivimos un tiempo en el que, en varias oportunidades, es apreciado como algo bueno que las cosas y las personas no sean lo que parecen.

Un encuentro humano

¿Cómo la fe puede ser un encuentro vivo y personal? La mejor manera de describir estas realidades es con ejemplos que encontramos en la vida cotidiana. Recuerdo un día, hace muchos años, en el que pude ver a dos jóvenes discutiendo en un bar. Lloraban, hablaban en voz baja, se notaba que eran novios y que, en ese momento, se abría un abismo entre ellos. Finalmente el muchacho extendió su mano sobre la mesa en dirección a ella con la palma hacia arriba. La chica puso su mejilla sobre esa mano que mostraba amor y confianza en ella. Volvió la paz. Me quedé pensando: así es Jesús con nosotros.

Para aquella época, ya había quedado atrás, en mi vida, la experiencia de la fe como un asentimiento de mi cerebro a verdades complejas y "trascendentes", viviendo como si entendiera lo que no entiendo y viera lo que no veo; también había pasado el tiempo de achicar mi relación con Jesús a "hacer cosas concretas que sirvan para algo", dejando para otro día los gestos y las palabras explícitamente dirigidas a él. Pero fue, en ese bar, recién aquella mañana, cuando comprendí a qué estaba siendo invitado. Sí, para despertar en mí la fe, él me muestra su fe en mí. La fe que llevo en el corazón es una respuesta a la de él. El punto de apoyo no es lo que yo hago, sino su confianza en mí. Pensándolo bien, lo sorprendente no es que yo crea en él, sino que él crea en mí.

Esa confianza implica un riesgo: ponerme en las manos de otro. Aunque ese otro sea Dios, el efecto sobre el ánimo es cierta inseguridad. Lo concreto es que si damos un paso hacia algo que no depende de nosotros mismos, nos estamos jugando por algo. Por eso, la relación con Dios puede ir acompañada de

²⁹ Lucas 12, 1.

³⁰ Mateo 15, 14.

oscuridades que no se sufren, si uno no tiene fe. Pretender hacer del encuentro con el Señor sólo una luz maravillosa y una experiencia satisfactoria, que nos ofrece una conciencia tranquila y una paz asegurada, es vaciarlo de vida, de amor, de pasiones contradictorias; es querer mantener un vínculo inhumano con Dios. La experiencia de la fe permite un encuentro que no es como un día plácido de sol radiante, no es una idea "clara y distinta"; es algo real, se parece, más bien, a aquella tormentosa y conmovedora escena de amor en aquel bar.

Los fariseos observaban desde lejos, se escondían detrás de sus máscaras para espiar, se trepaban a la montaña de su soberbia, buscaban seguridades, escuchar algo comprensible y preciso que coincidiera con lo que ellos imaginaban. Esperaban de Jesús las palabras de aquellos falsos profetas que decían al pueblo lo que quería oír: cosas concretas sobre Dios y el futuro. Pero los verdaderos profetas, en la historia de Israel, no eran adivinos ni daban imaginarias seguridades, ellos hablaban de otra manera: en lugar de seguridad, ofrecían esperanza y, en vez de adivinar el porvenir, mostraban los caminos para construirlo.

Tensiones que iluminan

Usted es tan joven, está tan antes de todo comienzo, que yo querría rogarle lo mejor que sepa, mi querido señor, que tenga paciencia con todo lo que no está resuelto en su corazón y que intente amar las preguntas mismas, como cuartos cerrados y libros escritos en un idioma muy extraño. No busque ahora las respuestas, que no se le pueden dar, porque usted no podría vivirlas. Y se trata de vivirlo todo. Viva usted ahora las preguntas (R.M. Rilke).

Ellos no comprendieron

Algo que siempre me ha sorprendido en Jesús es su actitud provocadora. El Señor no teme a los conflictos y, en ocasiones, genera situaciones de mucha inquietud. Durante largo tiempo, no comprendí esa manera de actuar, no podía relacionarla con su bondad y su ternura. Con los años, fui aprendiendo que esos estados de tensión son oportunidades de cambio y crecimiento. Siento que es entonces cuando se pueden abrir algunas grietas que permitan acceder a rincones más profundos de nuestro ser y ver la realidad desde otro punto de vista. Son momentos, instantes a veces, en los que pueden penetrar, en nosotros, las palabras y los gestos del Señor. Son como relámpagos que nos dejan percibir la verdad de lo que somos, nuestra verdadera imagen, la que él ve.

Creo que, entonces, se puede manifestar ese espacio que suele haber entre lo que queremos, lo que decimos y lo que hacemos. Pero lo sorprendente es que esa distancia no es apresuradamente señalada en los evangelios como algo negativo. Esas "incoherencias" entre nuestros pensamientos, acciones y sensaciones son presentadas como el lugar en el que podemos detectar lo que de verdad nos mueve y en el que nuestros deseos pueden quedar expuestos. Allí descubrimos señales que revelan sentimientos muy profundos que no siempre podemos expresar con claridad ni vivir de un momento para otro.

El evangelio, en varios pasajes, nos muestra personajes sacudidos por una fuerte tormenta. Uno de ellos es Juan el Bautista cuando está preso y a punto de morir. La magnitud de su dolor y desconcierto es evidente en la pregunta que le envía al Señor a través de unos mensajeros: *¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?*³¹ Aquél que había "saltado de gozo" en el seno de su madre Isabel, ante la proximidad de Jesús, se halla ahora en la soledad de la cárcel, ve aproximarse el final de su vida y está dudando! Parece que nada de lo prometido se cumple, todo está a punto de terminar en un fracaso. Los enemigos

³¹ Lucas 7, 20.

de Israel son, cada vez, más poderosos, y Jesús no está actuando como él esperaba. Realmente ¿era ése el que tenía que venir?

Jesús no le manda decir: "Tranquilo, yo soy el Mesías". Esa respuesta era inútil, no eliminaba la duda, sólo la trasladaba a una nueva pregunta: "¿Dirá la verdad cuando dice que es el Mesías?". Utiliza otra forma de respuesta, les dice a los enviados: *Entonces respondió a los enviados: "Vayan a contar a Juan lo que han visto y oído: los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son purificados y los sordos oyen, los muertos resucitan, la Buena Noticia es anunciada a los pobres"*.³² Jesús sabía que Juan conocía perfectamente los signos que acompañarían la llegada del Mesías, y entonces le muestra que eso está ocurriendo y deja que él en su corazón diga: "Sí, éste es el que debía venir". No le dice: "Hay que tener fe"; lo ayuda a creer, a recorrer un camino interior que le permite descubrir en sí mismo una respuesta. Creo que así hace con nosotros. Nos muestra signos y deja que, mirando esos signos y relacionándolos con otras señales que hay en nuestro corazón, digamos como Juan, desde lo más hondo de nosotros mismos: "Sí, es él".

Hay otra escena, inmensa, sorprendente, y que está colmada de enseñanzas, si ponemos atención al observarla. Jesús tenía aproximadamente trece años, y sus padres lo habían llevado en peregrinación a la ciudad santa "en la fiesta de Pascua". Como buenos judíos piadosos, seguramente, iban todos los años, pero, en esa oportunidad, pasó algo imprevisto: (...) *y acabada la fiesta, María y José regresaron, pero Jesús permaneció en Jerusalén sin que ellos se dieran cuenta*.³³ Esta decisión provocará un vendaval de situaciones que permitirán a ese niño pronunciar sus primeras palabras de Maestro.

Lo concreto es que, creyendo que el hijo estaba en la caravana, sus padres hicieron una jornada de viaje, por la noche, se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos, y, como no lo encontraban, se volvieron a buscarlo a Jerusalén. O sea, un día de marcha, una noche sin saber dónde estaba, otro día de regreso; y nuevamente es de noche, y tuvieron que esperar que amaneciera. Dos noches sin el niño, sin ese niño. ¿Qué ocurría en el corazón de esos padres? ¿Cómo es que habían dejado de verlo? ¿En qué momento se quedaron ciegos? Finalmente, "al tercer día", lo hallaron. ¡En el Templo! Jesús estaba hablando con los doctores de la ley que lo escuchaban perplejos.

Es fácil imaginar la angustia de María y José; por lo tanto, se vuelve comprensible esa pregunta de la que podemos hasta percibir el tono, seguramente elevado y tenso: *Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto? Piensa que tu padre y yo te buscábamos angustiados*. Diría que hasta podemos suponer una dulce mano sacudiendo un pequeño brazo. María expresa lo que siente, su angustia. Pero la respuesta de Jesús la deja tan sorprendida como a nosotros: *¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme de los asuntos de mi*

³² Lucas 7, 22.

³³ Lucas 2, 43.

Padre? Podemos imaginar la mano soltando el brazo. María había dicho “tu padre”, y Jesús contestó “mi Padre”, con mayúscula. ¿Y José? Lo que muestra el texto es desconcertante. Podemos imaginar la sensación del pobre José que es descalificado como padre en ese contexto. El evangelista concluye: *Ellos no entendieron lo que les decía. Él regresó con sus padres a Nazaret y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba estas cosas en su corazón.*

“Conservaba” es también traducido por “meditaba”, “meditaba en su corazón”; “meditar”, en la Biblia, significa “repetir”. Es lo que hacemos naturalmente ante aquello que supera nuestra capacidad de comprender. No es lo mismo que “pensar”. Frente a un problema (no funciona la computadora), pienso o recurro a alguien que ya lo pensó y sé que es cuestión de buscar una solución que, sin dudas, aparecerá. Pero hay realidades ante las que no sirve pensar (murió una persona cercana); en consecuencia, medito, repito mil veces, sé que, en ningún lugar, existe una respuesta. Entonces, el trabajo no es encontrar “una solución”, sino hacer crecer el corazón hasta que esa nueva realidad encuentre un lugar en él. Meditar, la meditación, es el instrumento que permite agrandar el corazón. Ni María ni José están a salvo de esas tensiones que sacan a la luz lo más profundo de nuestro ser.

¿Qué quieren?

Ese Jesús provocador aparece también en varias escenas que nos muestran al Señor preguntando por lo que queremos, por eso que anhelamos de corazón. Podemos comenzar por mirar aquella en la que dos futuros discípulos lo siguen por el camino. Jesús se detiene y sin rodeos les dice: “¿Qué quieren?”. Será ésa la primera vez que escuchen aquella pregunta en los labios del Maestro, pero no será la última. Con el tiempo, aprenderán que esa expresión es clave en la manera de enseñar del Señor: ¿Qué quieren?

La misma situación se repite en varias oportunidades y de distintas maneras. Otro ejemplo: en una de sus discusiones con los doctores de la ley, Jesús les cuestiona: “¿Por qué me tienden una trampa?”. No dice: “no me tiendan una trampa” o “no se debe hacer trampas”. Les pregunta por qué lo hacen, los invita a reflexionar sobre sus intenciones, a explicitarlas; eso es lo que le importa: por qué se hace o se quiere hacer algo. “¿Por qué piensan así en sus corazones?”, interrogará a unos escribas que, en su interior, afirmaban: “Está blasfemando”. No les dice: “No sean mal pensados”; les pregunta por qué llegaron a esa conclusión, quiere que quede a la vista el recorrido interno que hicieron para llegar a sentir eso. En otro momento, se conmoverá ante quien se acerca mintiendo sentimientos, ocultando sus intenciones detrás de un gesto de amor: “¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?”, escuchará Judas aquella última noche.³⁴ Por las preguntas que hace, está claro que al Señor le importa lo que sentimos profundamente.

³⁴ cf. Lucas 22, 48.

Es maravillosa la escena en la que Jesús dirigiéndose al ciego que le grita: "¡Ten compasión de mí!", le contesta: "¿Qué quieres que haga por ti?". En nuestro apresuramiento, pensamos que si esa persona es ciega lo que quiere es que la curen y que la pregunta está de más. Como el ciego era también un mendigo, suponiendo que estaba pidiendo dinero, los que iban con Jesús ya le habían ordenado que no gritara y no molestara al Maestro. En realidad, los ciegos eran los que estaban con Jesús, eran ellos los que no veían al ciego, sólo veían a un mendigo que pedía. Pero Jesús se detiene, no da nada por supuesto y lo interpela: "¿Qué quieres que haga por ti?". Recién entonces, el hombre exclama: "Señor, ¡que vea!". Jesús no lo trató ni como ciego ni como mendigo, lo trató como persona.

Siempre que nos acercamos a él, de una manera u otra, nos topamos con su pregunta: "¿Qué quieres?". Nosotros, ¿qué queremos? ¿Un poco de dinero para ser mendigos más afortunados? ¿Queremos ver? ¿O queremos ser tratados como alguien, ser mirados como se mira a una persona a la que se la respeta?

Jesús pregunta acerca de lo que se desea. ¿Es que son tan importantes los deseos? ¿Jesús está tomando un examen? No, él conoce bien lo que hay en el corazón de quienes se le aproximan. Creo que, cuando pregunta qué queremos o por qué decimos tal cosa, es para que nosotros mismos, al expresarlo, lo sepamos mejor y nos conozcamos más. Al escuchar ese tipo de preguntas, tenemos de inmediato la tentación de dar un paso atrás, no es fácil responder a quien pregunta qué queremos.

Puede ocurrir que nuestra primera reacción sea escapar, buscar alguna manera de no contestar. Expresar lo que queremos, lo que de verdad deseamos, nos compromete y nos obliga a buscar con cuidado las palabras; repentinamente los matices adquieren importancia. Es que estamos hablando de sentimientos, y, siempre que nos preguntan qué sentimos, nos hacen una pregunta que requiere algún trabajo responder; en ciertas ocasiones, ni siquiera sabemos dónde yace la respuesta. Tanteamos como ciegos. Decir de verdad lo que sentimos, en cierto modo, nos expone, muestra lo que somos.

Para intentar ser más claro, voy a recurrir a algunos ejemplos: si nos preguntan si tenemos frío o calor, para responder, exploramos nuestro cuerpo; si lo que nos preguntan es si nos duele una muela, nuestro cerebro rastrea la información necesaria en un lugar muy preciso de la boca; pero si la pregunta es si estamos tristes o "¿qué quieres", ¿qué hacemos?, ¿dónde buscamos? Hay sensaciones muy profundas que no se perciben en la superficie; para hablar de ellas, tenemos que atrevernos a entrar en nosotros mismos y ser capaces de escuchar una respuesta. No siempre sabemos llegar hasta ahí adentro y, menos aún, describir lo que vemos. Justamente a eso se nos está invitando.

Jesús no se detiene en lo que "parece que queremos" o en lo que "decimos que queremos"; nos anima a expresar las verdaderas razones, nuestras intenciones más hondas, lo que ansiamos en lo más profundo de nuestro ser. ¿Por qué?

¿Para qué? Creo que lo hace para que ese ser quede a la vista, es lo que él ama, el ser que el Padre ha creado. Jesús apuesta a lo mejor de nosotros mismos porque nos conoce en profundidad y sabe cómo estamos hechos. La imagen que él tiene de nosotros es mucho mejor que la que nosotros mismos tenemos. Nada distorsiona su mirada, él ve con absoluta claridad. Creo que lo que quiere es enseñarnos a ver como él ve, corregir nuestra miopía o curar nuestra ceguera.

Escuchando aquel diálogo entre madre e hijo, nos enteramos de que también María tuvo que transitar tensiones y oscuridades en los senderos de su propio corazón. El niño había dicho "¿No sabían...?". Sí, seguramente lo sabían, pero parece que, en esos padres, también había una distancia entre lo que sabían, lo que sentían y lo que hacían. María conserva, en su corazón, durante toda la vida, el misterio que es su Hijo y, al final, junto a la cruz, seguramente hubo más dolor que esa mañana en el Templo, pero menos angustia.

La fuerza de los débiles

¿Quién puede decir lo que llegaríamos a ser, si conociéramos nuestro ser, si nos fiásemos de nuestras intuiciones, si siguiéramos nuestra conciencia? (André Rochais).

La fuerza de un hombre débil

En una oportunidad, cuando participaba de una misa para celebrar el aniversario sacerdotal de un amigo, me emocionó escucharle decir que hablaba "con toda la fuerza de un hombre débil". ¿Cuál es la fuerza de los débiles? Sin dudas, no se trata de la fortaleza que exhiben esas personas que hacen una astuta utilización de sus debilidades y de esa manera logran sus objetivos. Enfermos que se convierten en tiranos dentro de su propio hogar; discapacitados que se amparan en su situación y alcanzan lo que pretenden a fuerza de imponer su voluntad, o simplemente, niños "indefensos" que despliegan una sorprendente fortaleza a partir del llanto u otro tipo de estrategia. ¿En qué sentido, entonces, se habla, en el evangelio, de la fuerza de los débiles? ¿Por qué son bienaventurados los pobres y los mansos y no los ricos y los guerreros?

Si miramos atentamente, la antítesis fuerza-debilidad aparece una y otra vez, y, por momentos, se convierte casi en el centro del argumento de los relatos bíblicos. En algunas oportunidades, el tema se hace presente muy sutilmente en las situaciones más importantes y, en otras ocasiones, en circunstancias intrascendentes.

Por ejemplo, en los relatos de la Pasión, se consigna que el jefe de los que crucificaron a Jesús, al verlo morir, exclamó: "¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!". ¿Por qué ese cuerpo destrozado podía inspirar esa frase? ¿Qué fuerza había ahí? ¿Por qué cuando se escriben los evangelios se tiene especial interés en subrayar esto? También es interesante recordar un episodio ubicado en el otro extremo de la historia: Jesús nace entre animales, en un pesebre, cuando se estaba realizando un censo, es decir, cuando el Imperio Romano estaba contando sus fuerzas. Nada es casual, los censos se hacían primordialmente para saber cuántos hombres se tenían en condiciones de ir a la guerra para imponerse sobre los demás. Justo en esos días, y con el inconfundible sonido del llanto de un niño recién nacido, la historia cambia para siempre. Surge, en la cruz y en el pesebre, una forma completamente nueva de "debilidad" y, con ella, otro concepto de "fuerza".

Magnificat³⁵

Antes del nacimiento del hijo del carpintero, Lucas pone, en boca de María, un maravilloso cántico que recordamos con el nombre de "Magnificat". Ahí también está desplegado de manera nueva y sorprendente el tema de la fuerza y la debilidad. El texto comienza diciendo: "Engrandece mi alma..." o "Proclama mi alma la grandeza del Señor...". ¿Por qué se lo engrandece o se proclama su grandeza? Porque miró "la pequeñez", o "la humildad", de su esclava. Grandeza-pequeñez, Señor-esclava, fuerza-debilidad. Ese es el tema. Dios muestra su inmensidad mirando lo que es pequeño. La mirada de Dios hace grande al pequeño: *Por eso, desde ahora, todas las generaciones me llamarán bienaventurada*. Dios "engrandece al que mira", y el que es mirado proclama "la grandeza" de Dios.

A medida que avanza el canto de esta "esclava", la trama se va desarrollando de una forma absolutamente original. En primer lugar, se dice que, cuando el Señor "desplegó la fuerza de su brazo", mostró su fuerza, "dispersó a los que son soberbios en su propio corazón". Esto no quiere decir que Dios atacó a los soberbios como lo hace un general vencedor que avanza sobre los vencidos en un campo de batalla. Cuando "el Señor" irrumpe en la escena queda en evidencia el absurdo de la soberbia, queda claro que es una "fuerza" que no puede sostenerse a sí misma. La única referencia del soberbio es "su propio corazón", está aislado, solo, lejos. Siempre lo estuvo, ahora sólo es evidente.

Inmediatamente después, el texto se torna "más sociológico" y se convierte en una curiosa trampa para quienes miran el mundo por la rendija de las ideologías. Cuando el cántico dice: "derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes", apresuradamente podemos imaginar un conflicto entre ricos y pobres, poderosos y marginales, y suponer que esa contienda se resuelve gracias a la intervención del "Señor", que invierte la situación poniendo a los desdichados en el lugar de los afortunados.

En esa frase, no hay ni una palabra que nos permita sospechar que los humildes ocupen el lugar del trono, ni siquiera se menciona que los tronos hayan sido ocupados por alguien. En realidad, lo que les ocurre a "los poderosos" es lo mismo que a los soberbios, quedan en evidencia. El tema no es quién se sienta en el trono, ya que ese sitio ya no significa nada, es simplemente absurdo. Los humildes no necesitan ni ambicionan tronos, porque reciben otra cosa: son "exaltados". No son elevados a magníficos sitios ni precisan "los humildes" desplazar a nadie: son enaltecidos porque son "mirados".

Continúa la canción en el mismo tono: "a los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada". Nuevamente aquí no se trata de una relación entre "los hambrientos" y "los ricos", ni de un desplazamiento de las riquezas de unos

³⁵ En este tema, tomo como referencia el capítulo VI del libro de Jean Delorme, *El riesgo de la palabra*, Buenos Aires, Editorial Lidiun.

hacia otros. El centro de la escena es "el Señor", la relación no es entre ellos, sino de cada uno de ellos con él. Los que no tienen nada, los que ni siquiera pueden saciar el hambre, reciben "bienes" (el texto no nombra alimentos), como un regalo, muchos bienes: "colmó", no hay lugar para más, el que estaba vacío ahora está lleno. Aquéllos que son ricos, que poseen en abundancia, son "despedidos" de la misma manera que se "dispersó" a los soberbios. En ambos casos, se van "sin nada", pero no porque alguien les saque algo, sino porque lo que tienen es "nada".

Podemos hacer dos listas: una la ocuparían los soberbios, los poderosos y los ricos, y, en la otra, habría que ubicar a los humildes y a los hambrientos. Los tres primeros son lo que son en relación con ellos mismos, o para expresarlo de otra manera: el rico es rico porque considera importante esa riqueza que es suya y, además, se define a sí mismo con respecto a ella; algo similar ocurre con el soberbio o el poderoso. Ellos son la medida de sí mismos. En cambio, los humildes y los hambrientos se definen con respecto a otro, su valor depende de ser o no ser mirados por "el Señor". Por eso, ellos no son solamente los que no tienen nada, sino aquéllos que esperan que "el Señor" los vea. Esa esperanza es lo único que tienen.

Pero hacer unas listas como éstas esconde una trampa: nos genera una imagen que puede confundirnos porque parece que se tratara de casilleros separados y definidos. Lo cierto es que no lo son, no hay una región de los hambrientos que queda muy lejos del país de los poderosos. Creo que, en la vida concreta, estas realidades están muy cerca unas de las otras, los límites son líneas invisibles, no figuran en los mapas, están en nuestro propio corazón. Cada día y cada momento podemos estar de un lado o de otro.

Del lado de la realidad

Al escuchar estos textos, podemos caer en un engaño más: sacar la conclusión de que debemos ponernos del lado de los humildes y de los hambrientos. Me parece que no es ese el primer paso. Antes hay que elegir otra cosa: estar del lado de la realidad, eso nos mostrará el motivo por el que tenemos que permanecer junto a los necesitados.

No creo que Dios contemple el mundo y sienta predilección por unos y rechazo por otros, sino que unos existen, y los otros son una ilusión, un invento de ellos mismos. El Señor mira y sólo contempla lo que ha creado porque no hay nada más para ver. Sobre esa realidad creada por él, algunos inventan personajes de ficción, reales sólo en la fantasía de sus mentes, son máscaras vacías que responden a sus ganas de ser los autores de su propia vida.

¿Por qué los pobres y los hambrientos habrían de confiar en él? ¿Cómo saben ellos que él "los mira"? Vamos a hacer la pregunta mejor: ¿Por qué cuando estamos en el lugar de los pobres y los hambrientos sabemos que nos mira? Porque justamente eso es vivir la experiencia de ser pobre, no poseer nada más

que esa mirada. Las situaciones concretas son tan variadas y presentan tantos matices como la vida misma: puede tratarse de alguien que realmente no tiene nada para comer o de un hombre rico a quien se le está muriendo un hijo; o puede ser un niño abandonado en la calle o una joven leyendo el resultado aterrador de una biopsia.

Ésos son momentos de pobreza en los que toda riqueza o poder son "nada", y lo único que se tiene es lo que se es. Creo que sabemos que Dios nos mira porque existimos, porque estamos ahí. Porque cuando, con palabras o sin ellas, nos preguntamos sobre el sentido de nuestras vidas, sólo podemos encontrar una respuesta en Aquél que quiso que existiéramos. Una cierta voz clama en nuestros corazones diciendo que si respiramos es porque somos valiosos a los ojos de quien nos da el aliento. Por eso miramos hacia quien nos puso en la vida sin consultarnos y esperamos que el Creador nos muestre el sentido de lo que hizo. Esta es la verdadera fuerza cuando somos débiles: la urgencia de la realidad nos arrastra a vernos tal como somos.

La imagen del hombre rico con su hijo agonizante está en los Evangelios, allí incluso se consigna el nombre y la "profesión" de este padre atormentado: *Entonces llegó uno de los jefes de la sinagoga, llamado Jairo, y al verlo, se arrojó a sus pies, rogándole con insistencia: "Mi hijita se está muriendo; ven a imponerle las manos, para que se cure y viva"*³⁶. Es "jefe de la sinagoga", es rico en dinero, en posición social, en cultura, en conocimiento de la Escritura y de la Ley; pero es pobre con la mayor pobreza imaginable: "mi hijita se está muriendo". La sinagoga, el dinero y hasta su confianza en el Dios de Israel parecen haberse evaporado. Destruyendo con ese acto su prestigio ganado durante años, se arroja de rodillas ante ese carpintero que se rodeaba de pecadores y de ignorantes, pero que tenía fama de curandero. Jairo está dispuesto a cualquier cosa, en ese momento, es solamente un pobre, se han caído todas las máscaras.

¿Cuándo somos así? ¿En qué situaciones? ¿Ante cuales desafíos? ¿Frente a qué miedos? Esos momentos de desolación, o de pobreza, son instantes clave de la vida porque son tiempos en los que se experimenta el ser. Lo que somos deja de ser un concepto y se convierte en algo que se vive, uno siente lo que es. No hay futuro ni pasado, no hay ningún calificativo que sirva ni una descripción posible. El pobre es. Justamente en ese instante aparece el tesoro: experimentar el propio ser permite encontrarse con lo que uno vale; experimentar la propia riqueza, sentirse fruto de una decisión de Alguien. Es sentir esa mirada que hace cantar a María su Magníficat, es escuchar lo que escuchó Jairo: "¡Talitá kum! ¡Niña levántate!". Sólo el soberbio, el rico o el poderoso pueden considerar algo vacío e intrascendente la experiencia de "solamente" ser.

³⁶ Marcos 5, 22-23.

Solamente ser

¿Es necesario vivir situaciones-límite de abandono o dolor para descubrirlo? ¿Cómo se hace para vivir "pegado a la realidad"? Lo describe magistralmente esta parábola: *Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano. El fariseo, de pie, oraba en voz baja: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de todas mis entradas". En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!"³⁷.*

El primero dice lo que no es, "no soy como..."; el segundo sabe lo que es, "soy...". Uno se define con respecto a los demás (y, entre esos, elige a los que él considera los peores). El otro acepta la distancia que lo separa de Dios y se define con respecto a él, no con relación a los demás, ni tampoco a sí mismo, menos aún con respecto al cumplimiento o incumplimiento de una ley. Este publicano habla desde su pobreza-riqueza, desde una debilidad que, al convertirse en oración, lo hace fuerte.

*Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia.*³⁸ Para Jesús, la tierra, toda la tierra, no es de los guerreros, de los ejércitos, de los violentos, sino de los "mansos". Esta bella palabra es la clave para entender cuál es la fuerza de los débiles. Manso es una palabra un poco desprestigiada, pero que tiene un contenido conmovedor, su raíz es la misma de amaestrar, de amasar; manso quiere decir "acostumbrado a la mano". El animal es así cuando acerca la mano y no me ataca ni se escapa. Manso en la Biblia es "el acostumbrado a la mano de Dios". Esos son los que tendrán "la tierra", los que tendrán todo, acá, ahora. A los pobres Jesús los llama felices, porque "tendrán el Reino de los Cielos", pero a los mansos se les promete algo que se toca, visible, inmediato, recibirán "la tierra". Ésa es la "fuerza de un hombre débil".

³⁷ Lucas 18, 10-13.

³⁸ Mateo 5, 5.

Sintió compasión

Hay algo que tenemos que hacer antes que nada, y que es lo único que demostrará que hemos comprendido: conmovernos. No despreciemos las emociones. La emoción, si nace del corazón y es genuina, es la respuesta más elocuente y más digna que pueda existir ante la revelación de un gran amor o de un gran dolor. Cuando nos emocionamos, experimentamos que ya no nos pertenecemos a nosotros mismos (R. Cantalamessa).

¿Cómo hacer?

La pobreza no es solamente una experiencia espiritual que nos abre el camino que conduce hasta Dios. Además, es una realidad social palpable y lacerante con la que nos encontramos todos los días y que nos interpela sin permitirnos un margen para ambigüedades, dejando a la vista lo que de verdad hay en el corazón de cada uno. Asimismo, va transformándose y, en cada época y lugar, adquiriendo nuevos rostros.

Nuestro tiempo es un catálogo de todas las pobrezas imaginables, y algunas más. Lo que se dice y escribe relacionado con este tema es también inmenso. De todo lo que he leído y escuchado, las mejores y más claras palabras, sobre lo que es la pobreza en la actualidad, las descubrí en un libro del Cardenal Carlo María Martini³⁹. Hablando de los pobres, el Cardenal se atreve a definirlos. Debo confesar que comencé a leer la frase con desconfianza. ¡Ya son tantas las definiciones enunciadas! ¡Tantas las explicaciones sociológicas que no explican nada! ¡Y también tantas las palabras piadosas que siembran confusión vaciando la pobreza de su profundo dolor y tragedia! Pero mis prejuicios se desvanecieron.

Para el ex Arzobispo de Milán, los pobres son “los que no saben cómo hacer en cosas esenciales, frente a los hombres y frente a Dios. No saben cómo ayudarse en la casa, en la vida cotidiana e incluso en el camino religioso.” No habla de la pobreza describiéndola con respecto a la riqueza; la define en sí misma. La define como una carencia de conocimientos, pero no de cualquier conocimiento, sino de uno muy específico: no saben cómo hacer. No es que no sepan nada; no saben cómo se hacen algunas cosas. Especialmente no saben “cosas esenciales”: cómo relacionarse con otros, con Dios, consigo mismos. No saben cómo organizar su casa ni su familia, no saben juntarse con otros para defenderse, ni cómo pedir ayuda.

³⁹ Carlo María Martín, *Todos estamos en la misma barca*, Buenos Aires, Ed. San Pablo, 2009, p. 57.

Esta manera de hablar puede chocar con la experiencia que nos enseña que algunas personas que viven en una dura situación de pobreza material saben cómo hacer, se organizan, se defienden, forman familias maravillosas. Sin ninguna duda, esto es así; no obstante, cada día, aumenta la cantidad de los que, además de no tener nada, no saben cómo hacer. Son los más pobres entre los pobres. Por otra parte, en los lugares que llamaríamos ricos, en donde se tiene más de lo necesario, también crece, de manera sorprendente, el número de los que tampoco saben "cómo hacer en cosas esenciales". Entre los que tienen una buena casa, un buen coche, estudios universitarios, cada vez son más los que no saben qué hacer como personas. No saben cómo relacionarse con los compañeros de trabajo, con los hijos, con la propia vida. En infinidad de ocasiones, no se sabe cómo tener y dar afecto.

En ese contexto y ante esa pobreza, es urgente compartir lo que creemos. Es en esos lugares y frente a esas personas, cuando la luz del evangelio aparece con toda su belleza. Las palabras de Martini me recordaron aquel pasaje de san Marcos que nos dice que *Jesús vio una gran muchedumbre y se compadeció de ella, porque eran como ovejas sin pastor, y estuvo enseñándoles largo rato*.⁴⁰ Habitualmente no relacionamos la compasión con la enseñanza. Lo que pone en movimiento a Jesús, lo que lo impulsa a enseñar, es que "sintió compasión". Ésta es la misma palabra que se usa para describir lo que siente el buen samaritano que se hace prójimo del hombre asaltado en el camino⁴¹ y también la que se usa para describir lo que siente el padre de la parábola llamada "del hijo pródigo"⁴². El término original, que se traduce por "compasión", hace alusión a "dejarse llevar por las entrañas".

Jesús se pone a enseñar dejándose llevar por lo que sentía en lo más hondo de sí mismo. Sus enseñanzas son justamente sobre "cosas esenciales", sobre "cómo hacer frente a los hombres y frente a Dios"; sobre "cómo ayudarse en la casa, en la vida cotidiana"; sobre "cómo hacer en el camino religioso". Él ve que estamos "como ovejas sin pastor", perdidos, desorientados, eso es lo que lo conmueve. Pero no es un estremecimiento que lo paraliza, hace algo, se pone a enseñar. No comenta la realidad, no busca culpables, no se enoja, no discute. Es bello volver a decirlo: se pone a enseñar largo rato.

¿Por qué se conmueve el buen samaritano? ¿Por qué nos conmovemos ante el dolor, o el miedo, o la soledad, de los demás? Lo hacemos porque nuestra sensibilidad percibe al otro como semejante e intuye su sufrimiento, lo puede imaginar, de alguna forma, lo conoce. El hombre tirado en el camino es prójimo, próximo, no sólo porque está físicamente cerca, sino porque también se nos parece. Nos conmovemos gracias a esa capacidad que tenemos de experimentar el sufrimiento de otro ser humano solamente con verlo. En algún punto, los dos están en el mismo lugar, ambos saben que podrían estar en la situación del otro.

⁴⁰ Marcos 6, 34.

⁴¹ Lucas 10, 25.

⁴² Lucas 15, 11.

También por eso el herido espera la ayuda, porque él sabe lo que siente el que está sano. Los humanos podemos compartir porque somos semejantes, porque, en lo más profundo y esencial, sabemos que somos hermanos. Jesús forma parte de esa proximidad, el Señor no esconde sus sentimientos y al mostrarlos nos manifiesta su semejanza con nosotros.

Mucho después, san Pablo invitará a los Filipenses (y a nosotros) a tener los mismos sentimientos de Cristo⁴³. Eso es lo que nos hace semejantes a él, y es esa semejanza la que nos impulsará a ponernos a enseñar. Evangelizar es justamente eso, poner a los hermanos en contacto con los sentimientos del Señor. Compartir con los más pobres lo que creemos, es mostrarles lo que Jesús siente por ellos. Nada mejor podemos hacer por los excluidos o marginados de nuestras sociedades, y nada nos llenará tanto el corazón de entusiasmo. La cuestión es hacerlo porque sentimos esa compasión que sintió Jesús, porque tenemos sus mismos sentimientos. Más importante que lo que hacemos es por qué lo hacemos. La clave está en dejarnos conmover "desde las entrañas", desde esos sentimientos más íntimos en los que habla lo mejor de nosotros mismos.

Creo que avanzamos demasiado rápido cuando decimos que Dios se hizo hombre para salvarnos e inmediatamente nos referimos a la muerte y resurrección del Señor, "que nos abre las puertas de la vida eterna". Sí, es eso, pero, al mismo tiempo, además nos hace ricos, nos salva porque, con sus palabras y con su vida entera, con cada gesto y cada mirada, nos enseña cómo hacer en todo lo importante de la vida. Lo hace con sus palabras finales: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?"; con preguntas sorprendentes: "¿Me amas?"; con consejos que pueden parecer triviales: "y les dijo que le dieran de comer".

Entusiasmo

Es bueno, hace bien, mirar a Jesús que siente compasión, que se conmueve, que se deja llevar por lo que sienten sus entrañas. Especialmente nos hace bien en este tiempo en el que abunda la falta de entusiasmo y en el que tantas personas no encuentran motivaciones para seguir adelante o para vivir con ganas y generosidad. Lo que motivaba a Jesús eran justamente sus sentimientos hacia nosotros. Es muy sugestiva la raíz de la palabra "entusiasmo": viene del latín "*enthusiasmus*", una voz formada por "*entheos*" o "*enthous*" (*en+theos*), "que lleva a Dios adentro". La persona entusiasmada se siente "todopoderosa" y "creativa", dos atributos de Dios.

Ese cansancio y desgano que se puede notar en muchos hermanos, ¿será fruto de las dificultades o de la falta de un "Dios adentro"? Vivimos una época en la que la Iglesia experimenta una enorme pobreza al sentirse desplazada de muchos lugares, al ver disminuir sus sacerdotes y sus fieles, al ser humillada por todo tipo de escándalos y marginada en la construcción de las nuevas culturas. Podemos tomar todo eso como un signo de decadencia de los demás y como

⁴³ Filipenses 2, 5.

víctimas incomprendidas, o, con sencillez, como una experiencia de nuestra pobreza, que es también vivencia de una nueva fortaleza.

¿Cuál es la fuerza que nos permitirá vivir este momento histórico? Me asusto cuando escucho hablar de los desafíos que tiene la Iglesia, como hablaría un general dispuesto a recuperar el campo de batalla o un boxeador que quiere volver a pararse en el centro del ring. Siento una inmensa y silenciosa alegría cuando oigo voces que reconocen que "no sabemos cómo se hace" e invitan a la oración, a pedir perdón y a la escucha atenta de la palabra de Dios que suena en cada corazón. Eso nos da el entusiasmo, nos da la fuerza que necesitamos y que no es la fuerza de los poderosos de la tierra, es otra, es la de los sentimientos del Señor hacia nosotros. Creo que eso es lo que él "se pone a enseñar".

Anunciar el evangelio es compartir, con alegría y sencillez, nuestra relación con Jesús de Nazaret. Es cierto que hace falta renovar nuestra manera de estar en el mundo y que es urgente cambiar muchas cosas. Pero no creo que haya que lanzarse a una batalla para "recuperar espacios", ni siquiera se necesitan, como pretenden algunos, secretarías sonrientes, sacerdotes simpáticos y obispos accesibles, como si eso fuera la "nueva evangelización". Jesús no hizo eso ni nada parecido. Él vino a compartir con nosotros su ser, a mostrarnos sus sentimientos. Anunciar el evangelio es decidirse a compartir lo que creemos, es elegir comunicarnos.

Ahora

Jesucristo ayer, hoy y siempre
(Hebreos 13, 8).

Para avanzar y para ir terminando, vamos a volver hacia atrás. Recordemos que el camino que recorrimos comenzó con el relato del sepulcro vacío. Detrás de ese misterioso lugar, se esconde el acontecimiento clave: la Resurrección de Jesús. No obstante, el comienzo de su historia está en otro sitio también semejante a una cueva: el pesebre. Hasta podemos remontarnos unos meses hacia atrás y nos encontraremos en un ámbito más extraño que el sepulcro y más luminoso que el pesebre. Allí naufragan nuestra inteligencia y nuestra imaginación: el cuerpo de María diciendo "hágase tu voluntad". Todos son hechos ocurridos en un tiempo de nuestra historia y un lugar de nuestro planeta. Desde entonces, Jesús está para siempre en la historia de la humanidad.

En estas páginas intenté describir algunas certezas que fueron creciendo en mí a medida que crecía la relación con ese Jesús misterioso y fascinante, siempre cercano y lejano, que también es parte de mi historia personal. Las palabras fueron brotando empujadas por las ganas de compartir lo que creo, en un tiempo de transformaciones permanentes. Todo ha cambiado desde aquellos lejanos días en los que, siendo un chico, quería hablar en la misa sin saber qué decir. Evidentemente el mundo no es el mismo, lo que hoy vivimos era entonces inimaginable. También ha cambiado la Iglesia, en ella los avances han sido tan sorprendentes como los retrocesos. Hemos vivido conmociones que han superado los más optimistas y pesimistas presentimientos. La sensación más clara es la de haber vivido en una tormenta permanente, y por ahora no se escuchan pronósticos de buen tiempo.

En medio del temporal, fui dejando de creer en los cambios "estructurales", por llamarlos de una manera que ahora suena un poco anticuada. Es decir que ya no espero que cambien ni la sociedad ni la Iglesia. Hay demasiadas cosas por hacer, demasiados dolores e injusticias, como para seguir esperando las utopías de las izquierdas y los paraísos de las derechas. En el pequeño espacio en el que me ha tocado vivir, siempre he podido predicar el evangelio y comprobar su inagotable poder transformador. Poco a poco, me fueron asombrando y conmoviendo más esos relatos simples e inagotables. También lentamente se fueron perdiendo, en el pasado, aquellas espiritualidades intimistas, aprendidas en la infancia y la adolescencia, que reducen todo a la conversión personal y a una relación de cada uno con Dios, como si la injusticia y la desintegración social no existieran, o tuvieran como causa solamente nuestros defectos personales.

La comunicación

Creo que vivimos un nuevo momento de la historia que ha dejado atrás esas discusiones. Ahora el centro es la comunicación en todas sus formas. El

fenómeno que está transformando la realidad es la comunicación personal, social, electrónica, cara a cara, escrita, en imágenes, con sonidos (y una lista interminable de etcéteras). Esos procesos de comunicación, que están infundiendo nueva vida a la historia del mundo y la Iglesia, son un regalo de Dios por lo que tienen de oportunidades obvias de transmisión de datos, ideas, imágenes y todo lo transmisible. Pero son algo más: son también un desafío para nuestra vida, nos apremian a una convivencia más transparente en la que hay, cada vez, menos espacios para la hipocresía, esa levadura de los fariseos de la que habla Jesús. Los cambios comunicacionales a los que asistimos afectan, en profundidad, también el centro de la vida de los cristianos y de la Iglesia, son oportunidades de crecimientos personales y comunitarios.

Como el tema de la comunicación se ha convertido en una cuestión central, hemos podido redescubrir, en los últimos años, que la misma Iglesia es comunión, es comunidad y, por lo tanto, en ella la comunicación es esencial. Esto permite ver, con más claridad, hasta qué punto el mayor peligro es la hipocresía. El hipócrita es el que, desde su soberbia, es capaz de ponerse por encima de la verdad y manipularla en su beneficio, no es lo mismo que el mentiroso o el incoherente. En este tiempo, me parece escuchar más enérgica y más evidente la expresión de Jesús: "cuídense de la levadura (lo que hincha, lo que infla), de los fariseos...".

Más allá de los calificativos que podamos usar al hablar de la hipocresía, lo cierto es que es algo que está relacionado con la comunicación, justamente es una perversión de la comunicación. Pienso que es uno de los males centrales de nuestra sociedad atrapada en las imágenes, que, por una parte, condena y, por otra, promueve la falsedad y el engaño, a la vez que promueve y reprime las injusticias y las desigualdades. Algunos hasta llegan a presentar la hipocresía como algo necesario y benéfico para la sociedad.

En la era de las pantallas y las apariencias, la hipocresía es pretender constantemente conservar creencias, opiniones, virtudes, sentimientos, cualidades, que uno en realidad no tiene. No es simplemente la inconsistencia entre aquello que se defiende y aquello que se hace. No es sólo mentiras o relativismos morales frutos de la confusión o la ignorancia. Creo que lo que se esconde, en la raíz de estas actitudes, es la soberbia de quien quiere manipular la verdad.

Podemos volver a fijar la atención en aquel juicio en el Pretorio. Tanto los jefes judíos como Pilato sabían la verdad. El romano "tomó agua y se lavó las manos delante de la gente diciendo: *Yo soy inocente de esta sangre*"⁴⁴ Todos sabían que Jesús era inocente, **justo**, pero se ponen por encima de la verdad y deciden en función de sus conveniencias personales. La levadura es la hipocresía.

⁴⁴ Mateo 27, 24.

Jesús ahora

Cuando encuentro, en los evangelios, puntos de referencia que iluminan las sorprendentes transformaciones a las que asistimos en el siglo XXI, o descubro, en las palabras de Jesús, enseñanzas que permiten comprender estos procesos, ya no tengo la impresión de estar ante verdades dichas hace dos mil años. Al hablar de Jesús, ya no me siento trayendo al presente desde el fondo de la historia un maravilloso personaje del pasado que ilumina nuestro tiempo.

Ahora siento que Jesús es presente, no que es alguien de antes que todavía está; no siento que venga de otra realidad y que nuestro trabajo sea insertarlo en ésta. Él está en este tiempo como alguien de este tiempo, llegó antes y lo conoce mejor. Va delante de nosotros. Seguirlo es estar a la cabeza de las transformaciones, es ser anacrónicos porque se está adelante, no porque se está atrás. Lo que leemos en los evangelios es del futuro, no del pasado.

Por eso, para comprender las palabras de Jesús, no hay que ponerse a estudiar arameo, hay que comprender el mundo de hoy. No se trata de bucear en la historia, sino de comprender el presente. La tarea es conocer y amar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo porque el Señor es uno de ellos. Él es de ahora, no de ayer.

Si miramos un poco la historia, fácilmente podremos constatar que la situación que vivimos no es tan nueva como parece. Estamos sorprendidos ante la globalización y las transformaciones culturales de nuestros días, pero, desde los primeros momentos del cristianismo, los discípulos de Jesús comenzaron a vivir su fe respondiendo a los desafíos de su época y viviendo simultáneamente en varias culturas. Tiempo después, esa presencia de las comunidades cristianas produjo una verdadera transformación en aquellas sociedades. Pero ese cambio cultural no fue un objetivo. En los primeros escritos, no hay ni una línea que nos hable de la inculturación del evangelio o la evangelización de las culturas. A nadie se le podía ocurrir entonces "cambiar una cultura". Cada comunidad fue encontrando una manera de vivir cristianamente en ese lugar concreto en el que estaba sin otro objetivo que celebrar su fe y compartirla.

Es posible

Cuando el papa Benedicto XVI nos habla de las transformaciones a las que estamos asistiendo gracias a las revoluciones tecnológicas, se refiere a que las tecnologías de la comunicación nos atraen y nos cautivan porque el ser humano está hecho para la comunicación. Es por ese motivo que tanto hombres como mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, buscan incesantemente la manera de establecer nuevas formas de entrar en comunión con sus semejantes. *Este anhelo de comunicación y amistad tiene su raíz en nuestra propia naturaleza humana y no puede comprenderse adecuadamente sólo como una respuesta a las innovaciones tecnológicas. Cuando sentimos la necesidad de acercarnos a otras personas, cuando deseamos conocerlas mejor y darnos a conocer, estamos*

*respondiendo a la llamada divina, una llamada que está grabada en nuestra naturaleza de seres creados a imagen y semejanza de Dios, el Dios de la comunicación y de la comunión.*⁴⁵

Desdichadamente cuando, en la Iglesia, hablamos de estos temas (el compartir, la fraternidad, la comunión), es usual que comencemos cometiendo una torpeza. En general, lo primero que sale de nuestra boca es una advertencia: la comunión plena no la vamos a experimentar nunca en esta vida, cada experiencia de comunicación es algo parcial y provisorio, aunque nos esforcemos, jamás lo lograremos... Con esas precauciones, vuelve a apagarse rápidamente la llama del entusiasmo. Es como decirle al hombre, tirado junto al camino, que lo vamos a ayudar, pero que, igual algún día, se va a morir, o no ayudarlo por el mismo motivo.

Cada experiencia de comunión puede ser plena para ese momento y esas personas. Por una parte, es cierto que ese deseo no se saciará nunca; por otra, es también verdad que sólo saciándolo lo hacemos insaciable. Cada experiencia de compartir nos anticipa el gozo de la casa del Padre, y, al llenarnos de gozo, nos aumenta el anhelo. Esa experiencia de plenitud que acompaña la comunión resulta esencial en el contenido de la experiencia cristiana del encuentro. De todo encuentro. Una reunión sin la alegría de los hermanos reunidos no tiene contenido, aun cuando esté llena de conceptos, mensajes y conclusiones importantes.

Al contrario, cada experiencia de ruptura de comunión nos angustia y entristece, nos paraliza y nos hace verla como un ideal inalcanzable, cada vez más lejano y finalmente imposible. La experiencia de la no comunicación afecta el centro del ser humano y no puede ser respondida con argumentos racionales, sino con experiencias de comunión. La tarea del que anuncia el evangelio es justamente crear esas experiencias, de tal manera que se pueda percibir el gozo que aumenta el deseo. Un fuego se enciende con otro fuego. Quienes son capaces de hacer gustar el gozo de compartir lo que creen, pueden encender el entusiasmo. No se trata de ser funcionarios de una organización que quiere conseguir una buena imagen; estamos llamados a mucho más que eso. Más que nuestra capacidad de organización, necesitamos nuestra capacidad de encender una llama, una pasión. *Yo he venido a traer fuego sobre la tierra, ¡y cómo desearía que ya estuviera ardiendo!*⁴⁶

Compartir lo que creemos

Somos las primeras comunidades cristianas que vivimos en Internet; somos las primeras comunidades cristianas que vivimos en el siglo XXI. Podemos hacerlo como conquistadores o, justamente, como aquellas comunidades de las que nos habla la conocida Carta a Diogneto escrita hacia el siglo II: Los cristianos, en

⁴⁵ Mensaje para la 43ª Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales

⁴⁶ Lucas 12, 49.

efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su habla ni por sus costumbres... sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida, y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña.

Sí, los primeros cristianos sencillamente compartían lo que creían. Parece que había una distancia inmensa y, a la vez, atractiva entre esa manera de vivir "admirable y, por confesión de todos, sorprendente"; y otras formas de vida de aquel tiempo. ¿Cómo era esa distancia que provocaba admiración? ¿Qué había en ellos que los hacía diferentes y, al mismo tiempo, cercanos y lejanos? Pienso que estas son preguntas clave que nos tenemos que hacer, en la Iglesia, a principios del siglo XXI.

Me arriesgo a dar una pista para encontrar la respuesta: creo que esa distancia entre los cristianos y "los demás hombres" sería como ese espacio misterioso que imagina Chesterton⁴⁷, que separaba al Señor de aquéllos que estaban cerca de él: *Había algo que Jesús les ocultaba a todos los hombres cada vez que subía a rezar a una montaña. Había algo que escondía constantemente utilizando el silencio abrupto o el aislamiento impetuoso. Había algo que era demasiado grande como para que Dios pudiera mostrarlo en nuestra tierra; a veces, he tenido la impresión de que ese algo era su alegría.*

⁴⁷ G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, Buenos Aires, Ed. San Pablo, p. 189.